TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

el culto fálico



1'25 PTS.

PRIMERA EDICION
MARZO 1954

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4, MADRID

PROLOGO DEL TEMA

Seguramente, no habrá pueblo alguno en todo el orbe en cuya mitología o religión no haya desempeñado un papel preponderante, o lo desempeñe aún, la adoración de los órganos procreadores, tanto masculinos como femeninos, símbolos exactos de la perpetuación de la raza.

En los comienzos de la historia de la Humanidad, y principalmente en el desarrollo de las distintas civilizaciones, cuando se ignoraban en absoluto los graves misterios de la procreación, no se conocían tampoco otros poderes más importantes que aquellos que presidían las relaciones sexuales, por las que los humanos experimentaban los más intensos placeres físicos. Y por si esto no fuera bastante, de esos deleites que producían bienestar al cuerpo y calma en el espíritu, se derivaban las consecuencias gratas de los hijos que aumentaban la familia, creaban otros grupos y, en resumen, multiplicaban la raza.

No había otra religión que el naturalismo; la demanda del máximo bienestar, del equilibrio económico y todo cuanto pudiera tener una importancia práctica, constituían la orientación esencial de aquellas gentes primitivas, entre las que las ideas morales sólo alcanzaron cierto desarrollo al cabo de muchos siglos de constantes preocupaciones materiales y dificultades de la misma índole que se vencían por idénticos procedimientos, sin que el espíritu jugase un rol importante.

En resumen, el comercio sexual producía placeres, y las consecuencias naturales de esos deleites se traducían en nuevos elementos que, aparte las emociones que pudieran despertar en sus progenitores, contribuirían, más tarde, con sus brazos y su astucia, al engrandecimiento de la familia, del clan, de la tribu, del pueblo y de la raza.

Y el origen de todos aquellos beneficios incalculables no estaba más que en las virtudes misteriosas, atribuídas entonces a los órganos sexuales, en los que se centraba absolutamente todo el interés individual y colectivo de las gentes.

No fué la religión del amor, como pretenden sostener algunos autores, el impulso primordial de las actividades de los seres primitivos; ni fué el amor, en su aspecto psíquico, la expresión fundamental de aquellas naturalezas primitivas, puesto que, en los tiempos de la promiscuidad sexual, no era posible que existiesen esos aspectos espirituales que se desarrollaron al individualizarse el amor o, por mejor decir, la práctica de la sexualidad. Pero sí es cierto que, en los albores de la Humanidad, al menos en lo que conocemos por los antropólogos y arqueólogos, ya que se adoraba al órgano viril de la procreación, a juzgar por las reproducciones fálicas encontradas, de las cuales las más importantes se pretende por algunos que sean los menhires y cipos de las razas prehistóricas.

En Grecia, en Roma, en Egipto y en la India, así como en los países que en algún tiempo estuvieron bajo el yugo de esos grandes imperios, las representaciones fálicas sirvieron para señalar fronteras, linderos y caminos. En España no es nada difícil encontrar los vestigios del antiguo culto de aquella divinidad en los hitos e incluso en los guardacantones, no de las antiguas calzadas romanas, sino de las modernas autopistas de firmes especiales.

El antiguo culto de Príapo y de sus equivalentes en las demás religiones, era tan solemne como el que hoy se dedica a las venerandas imágenes del culto cristiano. Los rituales eran, igualmente, serios y respetables o, seguramente, mucho más que hoy, ya que la ciencia y la crítica no habían revelado aún el fondo verdadero de aquellas creencias, de cuyas enseñanzas no puede prescindirse siempre, a pesar de la fe.

El órgano viril, sobre todo, fué considerado por los antiguos, y por muchos pueblos actuales, como el símbolo y el emblema de la fecundación universal, y por eso se le dedicaron estatuas y se elevaron templos en su honor. En algunos puntos, como en Grecia y Roma, Príapo está representado en forma de fauno o de sátiro, con el rostro humano o semihumano, y el cuerpo de macho cabrío. En la India, aparece en su propia forma, más o menos estilizada, y casi siempre asentado sobre la base de una flor de loto, en cuyo pedestal, y en su parte inferior, se enrosca una serpiente.

El hecho de representar la imagen fálica con las flores de loto, demuestra que, a la vez que el emblema de la fecundación, lo es también de la pureza. El dios Indra, Budha o Sakya-Muni, también surge del centro de un loto, y es la suprema divinidad del budhismo. Luego, no sólo la procreación, sino incluso la erótica también, se consideraban como las manifestaciones más sagradas del género humano, las más puras, las que no podían ser negadas sin incurrir en las iras de las divinidades supremas.

Así, pues, tanto los hechos divinos como los netamente sociales y humanos, determinaron la adoración de los símbolos procreadores, cuyo culto se mantuvo floreciente, hasta el momento en que la doctrina de los predicadores cristianos acabó con las prácticas más licenciosas del paganismo. Verdaderamente, a excepción de la India, todos los pueblos que rendían culto al falo degeneraron en las más incorrectas abyecciones, y lo que antes había sido un motivo de veneración respetuosa y ciertamente útil, se convirtió en un pretexto para llevar a la práctica las más monstruosas concepciones del erotismo y de la lujuria que, en manera alguna, pudieron ser estimadas de utilidad en ningún aspecto de las necesidades morales y materiales del género humano.

LOS ADORADORES DE PRIAPO EN GRECIA Y ROMA

Los orígenes de Priapo.—Su equivalencia en otras religiones.—Principios de su culto en Grecia y Roma.—Los machos cabríos.—Las ofrendas.—Las curaciones maravillosas.—Los «ex votos» de los agradecidos.—Explicación de los milagros.—Las ofrendas de las mujeres. Desarrollo del culto fálico en Europa.—La desvirginización.—El culto de los dioses extranjeros.—Misión de los sacerdotes.—La iniciación pubertal de los jóvenes.

En la primitiva teogonía de las divinidades mitológicas griegas, no aparece muy claro el origen de Príapo. Algunas veces se afirma que fué hijo de Hermes y de Afrodita, confundiéndosele con Hermafrodito, y otras se le presenta como el producto de los amores que la diosa de la voluptuosidad tuvo con Dyonisos, o sea el Baco de los romanos. Dyonisos aparece unido con Afrodita en Lampsaco, región del Helesponto, donde, seguramente, se sitúa el nacimiento de Priapo, que en Egipto toma el nombre de Osiris, en la India el de Krishna y el de *Phallus* en el resto de Asia, a excepción de en el Japón, donde fué designado con el nombre de *Susanoo*, que se traduce por el calificativo de "macho impetuoso" o también "cohabitador lujurioso".

En un grabado del artista austriaco Joseph Heinz, que data del año 1593, aparece Hermafrodito acariciado por un fauno, que, seguramente, es el dios Pan, Sileno o Príapo, ya que estos tres personajes, y uno sólo verdadero, están frecuentemente mezclados en las leyendas eróticas a que dió lugar la desenfrenada existencia de Príapo. (Lámina I.)

Por otra parte, en las representaciones que conocemos de la estatuaria grecorromana, Príapo aparece como una mezcla de Dyonisos o Baco y fauno, Sileno o sátiro, lo que evidencia que el culto de ambas divinidades estaba tan íntimamente unido, que se confunde,

sin posibilidad de establecer una separación adecuada entre los dos.

En otras ocasiones, es la cabeza de un sátiro coronada con el laurel de Baco o de Dyonisos; algunas veces, un busto, colocado sobre un pedestal recto o ligeramente piramidal invertido, no más alta toda la figura que la de un hombre, y provisto, en la mitad del pedestal, de una imitación fálica, también de tamaño normal. Verdaderamente, el confusionismo que se observa dificulta extraordinariamente la labor de concretar, en definitiva, cuál era la imagen exacta de la divinidad que, en ocasiones muy numerosas, sólo es representada en forma de falo de dimensiones muy variables, según que se aplique al culto, a las ceremonias religiosas de desfloración o a señalar las indicaciones en los caminos, etc. Lo mismo en Grecia que en Roma, el dios de la procreación se representa de distintas formas, pero sin omitir nunca el detalle más esencial de su cometido, o sea la reproducción del miembro viril, emblema que simboliza el instinto sexual y encarna el deseo puramente animal bajo un aspecto que no deja lugar a dudas, dios de la fuerza procreadora, de la fecundación infatigable, de la lujuria eterna y violenta de la que se obtienen los más intensos deleites de la Naturaleza.

El mismo Hermes era representado por un cipo cuadrangular, sobre el cual se colocaba su busto y, a una altura "conveniente", estaba provisto de un falo en erección. Berard cree que este cipo de la antigüedad clásica equivale a la forma más perfeccionada de la piedra bruta o apenas desbastada, "puesta en tierra como un menhir bretón". En cuanto a este dato prehistórico del culto fálico, cabe suponer que esos menhires representaban tanto como un falo de la tierra o, también, como el mismo órgano incrustado en ella, cual si se tratase de una cópula constante, la piedra como macho y la tierra como hembra, de cuya unión resultaban los frutos vegetales y cuantos elementos eran necesarios para la alimentación de los seres animados. "Tales figuras—dice Berard—no son otra cosa que los *Ancab* o *neab* de los árabes, el *Nécib* de los fenicios, los *Ham-manin* de los hebreos, esas piedras sagradas que el semita adoró como representación y, mejor aún, como morada de la divina *bet-el*, de las que los griegos sacaron los *betilos* (o sean las piedras brutas o talladas en forma de cono o de falo, que fueron adoradas por los griegos más primitivos mucho antes de rendirse culto a las divinidades mitológicas).

El origen del culto fálico en Grecia y Roma no está suficientemente aclarado, al menos en lo que afecta al primer país, y, sobre

todo, a la particular de no ser representado el culto en la imagen de Príapo. Según Dupouy, los coribantes, o sea los adoradores de Cibeles en Frigia, fueron los que llevaron a la antigua región italiana de Etruria el culto del falo, con todas las ceremonias y prácticas relacionadas con aquella institución religiosa, según el culto de Cottito, que celebraban los Baptes y que tanto esplendor alcanzó lo mismo en Tracia que en Frigia.

Juvenal, refiriéndose a los cultos de los frigios, dice: "Allí, toda compostura y todo pudor están desterrados de las palabras y de los banquetes. Se escuchan dichos obscenos que se balbucean con tonos afeminados. Se desarrollan las mismas torpezas que mancharon los misterios de Cibeles, y esos monstruos tienen a su frente, en calidad de sacrificador, un fanático de blancos cabellos, notable por sus amplias tragaderas y una voracidad sin ejemplo; viejo digno de ser asalariado para formar escuela. ¡Cuánto tardan los alumnos en libertarse de esta carga innecesaria, según el uso del ritual de los frigios y con ayuda de la piedra cortante!"

Plutarco y Píndaro afirman que, en la religión erótica de los frigios, no se reconocían límites, con tal de llegar a la máxima satisfacción de los impulsos sexuales, y como no había hombres capaces de satisfacer el ardor genital de aquellas mujeres enloquecidas por la lujuria, éstas se entregaban en los templos al sagrado macho cabrío, que recibía el nombre de Mendés, el cual las hacía objeto de furiosas acometidas, que las dejaba cansadas, pero no siempre satisfechas. Por esto, escribe Píndaro:

«Encantadoras hijas de Mendés,
¿qué amantes recogen en vuestros labios
los dulces besos que yo recogería?
Pero, ¿cómo? ¡Si se trata de los maridos de las cabras!»

Los aspectos de la vida erótica de las devotas de Cottito debían ser verdaderamente extraordinarios, puesto que casi todo lo que refieren los autores clásicos da la idea de que vivían en un estado de constante exaltación sexual. Villermont, comentando las narraciones de aquellos actos de verdadera locura erótica, dice que las mujeres en estas condiciones, que seguramente estaban atacadas de ninfomanía, eran conducidas a los templos en que se rendía culto a los machos cabríos, para que estos animales las calmasen sus asombrosos deseos eróticos.

Algunas representaciones de esta divinidad aparecen en figura de machos cabríos, provistas de órganos genitales humanos de volu-

men desproporcionado. La particularidad de que los testículos sean siempre muy pequeños con relación al tamaño del órgano de la copulación, debe interpretarse por el hecho de que, seguramente, era la erótica y no la procreación el fundamento más saliente del culto de Cottito, aunque también puede admitirse que las glándulas testiculares no tuviesen para aquella gente gran importancia en relación con la fecundidad.

Así, pues, todo induce a creer que, aunque los betilos de los griegos fuesen la representación de las primitivas imágenes fálicas, lo que demuestra que estas creencias son bastante anteriores a las influencias de los mitos orientales, las formas de practicar la religión fálica, así como las figuras de Príapo y de los demás personajes de su cortejo, parecen inspirarse en los cultos que les enseñaron los frigios que, desde muy remotos tiempos, sostuvieron relaciones comerciales con todos los pueblos inmediatos.

Muchas pequeñas imágenes fálicas, que, seguramente, servirían de amuletos e incluso como fetiches del culto fálico, han sido halladas en Frigia y, en menor número, en Grecia, Italia y otros países que en los tiempos más remotos estuvieron influenciados por estas culturas.

Laurent dice, que "la fecha de la instauración de este culto en Roma, no parece remontarse a mucha antigüedad, puesto que los habitantes, en la época de sus reyes, desconocían el culto de Venus". No obstante, aunque Roma ignorase la existencia de estos mitos, los etruscos ya les conocían, pareciendo extraño que no se extendiese a Roma al mismo tiempo que por Etruria, cuando ambos países constituían una unidad geográfica.

Por eso, añade Laurent: "El culto de Baco y el de Príapo tampoco resulta que les fuese conocido. Lo que prueba suficientemente que, durante determinado tiempo, el culto de Príapo estaba circunscrito a Etruria; es que Athoeneo ya había dicho que los etruscos tenían una manera impúdica de vivir; que los mesapienos, los sanmitas y los locrienos, pueblos del Lacio, prostituían a sus hijas, pero no los romanos", y Dupouy añade: "Había también en Etruria un culto análogo al de *lingham* indio y el *phallou* asiático. Servía para lo mismo: para desflorar a las vírgenes antes del matrimonio, y en tal concepto, pertenecían a la prostitución sagrada. El dios etrusco que conocemos, no solamente por los monumentos figurados de la Historia, sino que también por los escritos de Arnobio y de San Agustín, se llamaba *Mutumus* y *Mutuma*, porque eran dos sus formas: masculina y femenina. Los templos sólo eran ínfimos edículos, rodeados de florestas en las cuales se veía sentada la imagen del dios".

Al cabo de mucho tiempo, y seguramente coincidiendo con la adopción de las prácticas de los mitos orientales, Grecia y Roma transforman el símbolo fálico en el dios Príapo, al que unos creen hijo de Hermes y otros de Baco y de Afrodita. La figura de Príapo, que adoptaba varias formas, tenía, ante todo, la parte principal, que era un pene en erección, de grandes proporciones. Estaba construído de madera de ciprés o de higuera, y le adornaban con guirnaldas de flores, frutos, piedras brillantes, monedas y otros ornamentos parecidos.

El hecho de ser frecuentemente de madera de higuera la representación del falo, parece tener alguna relación con la higuera de que hablan las Escrituras que fué condenada a esterilidad. De ser así, puede interpretarse en el sentido menos noble, lo que, por otra parte, no parece probable, ya que no puede precisarse hasta qué punto puede existir esa relación.

Además, los órganos de Príapo fueron utilizados por las mujeres estériles en unas cópulas que no tenían otro fin, aparte del erótico, como era siempre obligado, que remediar los trastornos que se opusieran a la fecundación.

Príapo no llegó a tener templos, propiamente dichos, aunque sus imágenes se situaban en los bosques o montes con vegetación y, a lo sumo, rodeados de empalizadas de madera o también de columnas de diversos tamaños que reproducían el símbolo de la generación.

Los hombres hacían diversas ofrendas al dios; pero las principales eran las que consistían en ofrecerle los primeros frutos que obtenían de sus cultivos, lo que demuestra que también presidía la fecundidad.

Todos estos frutos eran vendidos después por los sacerdotes de Príapo, destinándose también a la alimentación de los machos cabríos sagrados que formaban parte del cortejo del dios y que, a veces, eran destinados a satisfacer las necesidades sexuales de los sacerdotes y de los fieles. En muchas antiguas obras de arte de los griegos, se ve a los sacerdotes de Príapo cohabitando con las cabras e incluso realizando actos pederácticos, ya activos o pasivos, con estos animales. Las jóvenes se entregaban a los machos cabríos en demanda de la fecundidad, si estaban para casarse o no tenían hijos, o

para que la divinidad les dotase de la necesaria leche para amamantar a los recién nacidos.

En la historia de la Medicina de los primeros tiempos, los autores romanos y griegos hablan con insistencia de los beneficios que las gentes podían obtener en la curación de diversas enfermedades, sin otra medicina que verificar contactos con las divinidades fálicas. En otras ocasiones, los enfermos hacían sacar reproducciones de los órganos sexuales, ya que éstas eran las dolencias que principalmente se pretendía curar, para ofrecerlas como *ex voto* a Príapo. Las imágenes del dios aparecían, a veces, materialmente cubiertas por estas ofrendas, las cuales estaban provistas de alas, de pies, de antenas de insecto, etc., o adornadas de múltiples formas. Tales imitaciones solían ejecutarse en tamaños muy pequeños, a fin de poderlas llevar después como adornos en collares y pulseras, verdaderos talismanes que defendían a su poseedor contra toda clase de trastornos y dolencias del aparato genital.

Hasta los animales estériles, principalmente vacas, jumentas, cabras y ovejas, podían gozar de la protección del genio priápico en la demanda de la fecundidad. A veces, se reunía en los alrededores del altar una multitud de personas y animales que esperaban turno para ofrecer su ex voto o realizar una contacto con los genitales del dios, previo el pago de la cantidad establecida, que recogían los sacerdotes de la divinidad.

En un templo de Príapo, en Roma, se descubrió una lápida, donación, sin duda, de un devoto agradecido a los dones del dios, que decía: "¿Preguntáis por qué se ha representado en un cuadro votivo el miembro que nos engendró? Ved por qué: Cuando mi pene, gravemente dañado, y yo, ¡infeliz!, me echaba a temblar pensando en la destreza del cirujano, no me atrevía a elevar mis ruegos a aquellos de nuestros dioses a quienes pertenece la Medicina, como, por ejemplo, Apolo y su hijo Esculapio. Imponen mucho respeto, y me parecía sobradamente atrevido pedirles que curasen mi verga. Si me curas, sin que tenga que acudir a la amputación, haré pintar el miembro que has sanado, y te ofreceré el cuadro como justo homenaje. La figura reproducida será exactamente la del original, tanto por su grosor como por su forma y colorido. El dios acogió la súplica, hizo un signo de aquiescencia, y mi petición fué escuchada."

Realmente, aunque hoy nos resulte bastante difícil comprender cómo tales divinidades podían curar dolencias que requerían la intervención del cirujano, acaso enfermedades específicas, las inscripciones que como ex votos han sido halladas en los lugares donde se rindió culto a los símbolos fálicos, prueban que los milagros se operaban. Pero nos atrevemos a suponer que se tratase principalmente de trastornos neuropáticos, traducidos en impotencia, en debilidad sexual u otros desarreglos parecidos, en cuya curación interviene la fe en mayor medida que las prescripciones de los facultativos. Este fenómeno se ha observado en todo tiempo, y la veneración que actualmente inspiran muchas imágenes célebres se funda en las mismas razones que los griegos y romanos tuvieron para impetrar la protección de Príapo.

Las mujeres ofrecían también a la divinidad reproducciones de sus órganos genitales externos, así como aquellas que se referían a las partes internas de su aparato genital, realizadas con arreglo a unos cánones arbitrarios y puramente convencionales, ya que un temor supersticioso, que llegó a convertirse en ley inviolable, impedía la exploración anatómica del cuerpo humano por los médicos de aquellos tiempos.

Los ex votos ofrecidos por los fieles, ya fueran representaciones de los órganos masculinos o femeninos, se transmitían después en calidad de amuletos entre las familias. Desde los pocos días del nacimiento, los niños mostraban estos fetiches colgados del cuello o cosidos a la ropa. Casi todos los adornos y alhajas que usaban los niños y las muchachas vírgenes eran de estructura faliforme; una gran cantidad de estas joyas pueden admirarse hoy en la sala privada del Museo de Nápoles, alhajas que proceden, en su mayoría, de las excavaciones realizadas en Pompeya.

El templo de Isis, en Roma, ocultaba entre sus ruinas numerosas imágenes representativas de los genitales femeninos, ya que esta diosa, aunque de origen egipcio, era adorada por los romanos.

Pero no sólo ha sido en Grecia y en Roma y en sus célebres ruinas donde se han encontrado los rastros precisos de aquel culto entusiasta: en muchas ciudades de la Europa central y meridional fueron hallados estos símbolos que, como decimos anteriormente, aún pueden verse haciendo el oficio de guardacantones, de mojones e incluso de adornos, y también puede vérseles en algunos castillos y catedrales, lo que evidencia que la idea del culto fálico ha sido perpetuada a través de la cristiandad.

En las termas romanas de la ciudad francesa de Aix-en-Provence existe un enorme falo, construído en mármol blanco, al que las gentes sencillas siguen atribuyendo determinadas virtudes milagro-

sas en la curación de las dolencias sexuales. Otro fué desenterrado hace un siglo en las inmediaciones de una antigua ciudad romana, cerca del castillo de Champagne. En los muros del antiguo Anfiteatro de Nimes, convertido en la actualidad en plaza de toros, se advierten decoraciones que representan imágenes fálicas entre los diversos ornamentos ejecutados por los artistas romanos. Sobre el dintel de uno de los vomitorios de los asientos que ocupaba el populacho, se ve claramente un doble falo, y en una pilastra que se conserva en el Museo Arqueológico de la ciudad, se conserva perfectamente esculpido un falo triple.

En la Galia Romana, en Rhenania, en Amberes, en varias ciudades de Inglaterra y en otros puntos, se conservan escenas pintadas o esculpidas en los pórticos de algunas casas alusivas al culto que en otros tiempos se rindió a las deidades fálicas.

El aspecto más importante del culto fálico en Roma, es el que se refiere a la desvirginización de las doncellas antes de contraer matrimonio. Las jóvenes acudían a los jardines de Príapo, con el fin de ofrecerle al dios las pruebas cruentas de la virginidad. El homenaje lo recibía la misma imagen fálica o uno de sus sacerdotes principales, según que se tratase sólo de la destrucción de la membrana o de la iniciación completa en las prácticas sexuales.

En el primer caso, los servidores de la deidad ayudaban a la devota a colocarse entre las piernas del dios, con el fin de que la representación del órgano pudiera introducirse con facilidad en la cavidad vaginal, de forma que la desvirginización se realizaba completamente. Las huellas cruentas del sacrificio eran borradas con una tela que tenían los sacerdotes a la cual se atribuían virtudes milagrosas cuando estaba suficientemente ensangrentada.

Otras estatuas, sobre todo en las representaciones griegas, no tenían más que el busto sobre un pedestal de piedra, siendo de la misma materia el falo que servía para las desfloraciones, las cuales se ejecutaban estando la doncella en pie. (Lámina II.)

Las mujeres casadas estériles solían acudir acompañadas de sus maridos, los cuales presenciaban la ceremonia del contacto con la imagen fálica, pagando después a los sacerdotes por la ayuda prestada en el acto.

Los romanos complicaron las ceremonias del culto fálico con los ritos importados de Oriente, cuyas divinidades se asimilaron a las primitivas, especialmente las originarias de Palestina. Esto ocurrió muy pocos años antes de Jesucristo, cuando el desarrollo de las

doctrinas estoicas ocasionó el derrumbamiento de los ritos paganos en sus formas más obscenas.

Príapo dejó de ser adorado en público, sobre todo en la capital de Roma, si bien los habitantes de las otras ciudades procuraron conservar el culto, contraviniendo las disposiciones de los pretores que, por orden imperial, venían obligados a dotar de otra moral a las costumbres. Los ritos priápicos de los aristócratas y gentes de las castas adineradas tuvieron lugar en sitios discretos, especialmente en los subterráneos de los palacios y en antiguos templos. Estas prácticas eran toleradas, ya que lo que principalmente se perseguía era el carácter público que antes tuvieron las ceremonias que casi siempre se celebraban con las Bacanales.

Uno de estos templos, quizá el más importante del período de la decadencia, fué el de Miphilesh, situado en las inmediaciones del barrio de Suburra, inmediato al río Tiber, y seguramente la parte más miserable y peor urbanizada de Roma. El templo era un edificio de reducidas dimensiones y de forma circular, construído casi todo en mármol de las canteras de Carrara, y con una sola puerta, abierta entre dos gruesas y bajas columnas.

En el exterior se alineaban las seis divinidades secundarias de la Afrodita asiática: Tikón, Lordhon, Cidbasuos, Conisatos, Ortuanés y Pyrges, a las cuales se rendía también un culto accesorio, aunque imprescindible para tener acceso eficaz al interior del santuario.

El dios ocupaba un ángulo de la bóveda, y se hallaba situado sobre un pedestal de granito pulimentado. La imagen era de palo de higuera pintada toda ella de rojo y cubierta con una gran piel de macho cabrío. La imitación del miembro viril era también de madera, pero de un tamaño enorme, que hacía absolutamente imposible su intromisión en los órganos genitales de la mujer. Un historiador, refiriéndose a la ceremonia de la desfloración y de la iniciación de la famosa Mesalina, que tuvo lugar en el templo de Miphilesh, dice:

"En el vestíbulo posterior del templo había una escalera, que conducía a un subterráneo. Este subterráneo, cuyas dimensiones eran mayores que las del templo, sirvió en la época de las persecuciones para ocultar los misterios de las Bacanales. Ahora servía al sacerdote de almacén para guardar las ofrendas, que eran numerosas. El sacerdote era un judío llamado Chillón (otros autores le llaman Quilón y Quilónides). Había reedificado el templo abandonado y guardado al dios, pero lo denominaba Miphilesh, nombre con

que se le designa en Palestina, a fin de atraer a los fieles, pues éstos atribuían mayor poder a los dioses extranjeros que a los romanos.

"Deciase el único representante del culto fundado por Maacha, madre de Asa, rey de Judea. En realidad, los misterios de Miphilesh no eran más que la reproducción de las antiguas Bacanales romanas. Chillón había hecho creer, valiéndose de una hábil propaganda, que era detentor de los secretos placeres venidos de Oriente, y que podía, a su albedrío, hacer estériles o fecundas a las mujeres, consiguiendo reunir en su torno una reducida comunidad de hombres y mujeres, los que, so capa de religiosidad, iban determinadas noches a satisfacer su sensualidad en el templo." (Maurice Magre, *Vie de Mesaline.*)

Los diversos sacerdotes principales que tuvo el templo fueron judíos en su mayoría y hombres fuertes y sanos. Las ceremonias de la desfloración tenían lugar en el subterráneo, y eran ejecutadas por los mismos sacerdotes, los cuales operaban desnudos y con una piel de macho cabrío echada por encima de los hombros. Como quiera que cada ceremonia iba acompañada de un festejo, en el que tomaban parte los fieles del dios, los ritos de la iniciación duraban más de dos horas, tiempo que invertía el sacerdote con la neófita en ejecutar las escenas que creyera más convenientes para su mejor educación. Mientras tanto, los asistentes e invitados se entregaban a la orgía, que tenía lugar con un pretexto religioso, y que no era más que una copia exacta de las antiguas Bacanales, suprimidas por el cónsul Postnumius.

En algunos casos, el sacerdote podía ceder a cualquier devoto que se lo pagase el derecho a desflorar a la doncella, o bien, la familia de ésta podía elegir al desflorador, siempre que gratificase al servidor de la divinidad en dinero o especies. Estos sacerdotes de Príapo acostumbraban a visitar las ciudades próximas a Roma, ejerciendo su sagrado ministerio erótico en una peregrinación que coincidía con el final de la primavera.

Los jóvenes también eran iniciados en los templos dedicados a Isis y Anubis, divinidades egipcias del amor. Las sacerdotisas de estos templos eran prostitutas sagradas, que antes ejercieron su profesión en los barrios de lupanares.

Estas mujeres, conocedoras de todos los aspectos de la sexualidad, especialmente en la parte que se refiere a la erótica, iniciaban a los muchachos en los grandes misterios del culto, mostrándoles las

posturas más apropiadas para experimentar el máximo de deleites, así como las más convenientes para la procreación.

El símbolo de Isis, según la concepción romana, era una mujer de grandes caderas y pechos exuberantes, y cubierta con una piel de cabra. Los muchachos acudían al templo, en cuyas habitaciones reservadas tenían lugar las ceremonias, que se prolongaban en el exterior, seguidas de las Bacanales o al mismo tiempo que se verificaban éstas.

Por lo general, las ceremonias de iniciación pubertal de los muchachos no pasaban de ser un puro formulismo, ya que, dadas las licenciosas costumbres de Roma y el naturalismo de su religión, puede decirse que los chiquillos nacían sabiendo aquello que con tanto afán pretendían enseñarles las sacerdotisas de las divinidades eróticas.

En las fiestas tomaban también parte las jovencitas solteras iniciadas en las ceremonias celebradas últimamente—tenían lugar en primavera y otoño—, las cuales acudían al templo portando imágenes fálicas profusamente adornadas, y adoptando la forma de aves, peces, mamíferos o insectos, según la fantasía de los fabricantes.

Casi todos los objetos del culto, o seguramente todos, eran reproducciones de los genitales masculinos y femeninos. En el Museo de Nápoles se conservan en perfecto estado varias candilejas de las que se destinaban a iluminar el templo, cuyo asa representa al falo, y el recipiente para contener el aceite, una vulva perfectamente imitada, cuyo clítoris servía para sostener la porción de mecha que producía la llama.

En las columnas y frisos, las imágenes de esta naturaleza se multiplicaban abundantemente, reproduciéndose, además, las escenas de la desfloración de las muchachas y las de iniciación de los neófitos. Unas veces estas figuras representan a Venus y otras a las Furias, mujeres viejas y horribles de gestos diabólicos.

Los adoradores de las divinidades fálicas no esperaban, por lo general, la llegada de las fechas destinadas a las fiestas, sino que acudían al templo así que lo estimaban oportuno. No obstante, en las grandes ceremonias colectivas, a las que acudían varios centenares de jóvenes de los dos sexos, se verificaba la iniciación de los devotos que acudían al templo procedentes de las ciudades lejanas de la metrópoli romana, pues, como en las pequeñas ciudades no

existan santuarios, no era posible ejecutar la iniciación pubertal con la solemnidad que requerían los cultos de los dioses sexuales.

Las gentes de las provincias formaban verdaderas caravanas, en las que figuraban abundantes animales, lo cual semejaba la marcha hacia el mercado de una inmensa multitud de feriantes. Estos animales, por lo general, asnos, machos cabríos, carneros y sus hembras, iban a recibir los dones de la fecundidad que tan a manos llenas prodigaban Isis, Anubis, Príapo, Adonis y todos los personajes de aquella inmensa falange politeísta.

El culto se sostenía espléndidamente con las ofrendas que los templos recibían de todos sus fieles. Las gentes acaudaladas contribuían en dinero o en joyas que inmediatamente eran convertidas en moneda contante y sonante por los sacerdotes, los cuales necesitaban alimentarse debidamente, a fin de poder cumplir con los deberes profesionales, que consistían en imitar al dios Príapo, que se hallaba siempre en un estado de erección constante.

Cuando se trataba de personas de la alta aristocracia, que no querían mezclarse con el populacho y los numerosos animales que conducían al sacrificio, las iniciaciones tenían lugar en los palacios o en las quintas de la campiña del Tíber. Unas veces se efectuaba la desfloración por los procedimientos naturales, y otras sirviéndose de las imitaciones fálicas, cuando se quería evitar la posibilidad de que las mujeres resultasen fecundadas por los sacerdotes practicantes.

Pero, por lo general, las ceremonias tenían lugar en las fiestas públicas, como veremos en el capítulo siguiente.

LAS FIESTAS EROTICAS EN LA ANTIGÜEDAD

Festivales eróticos de los asirios.—Las dyonisíacas.—La castración como rito.—El culto de Cibeles.—Cottitos.—Las damas y las prostitutas.—Las ceremonias del culto de Adonis.—Las «thesmophorias».—Las prostitutas «decentes». Su comportamiento modelo.—Las insignias fálicas adoradas entre ellas.—Ridiculización del culto.—Las «priapeyas».—La iniciación de las vírgenes.—Comunión de sangre.—La orgía.

Como ya hemos dicho en otra ocasión, al principio de la implantación del culto pagano, las fiestas de todo género celebradas en honor de las divinidades adoptaron una forma solemne y grave. Su característica esencial era la fe ciega en los sistemas de manifestación de los sentimientos, y a cada dios se le adoraba en su aspecto exclusivo, sin la complicación de los ritos dedicados a otras deidades.

La intromisión del elemento erótico en las fiestas del paganismo se verificó por la mezcla de las religiones extranjeras, las cuales se realizaban casi siempre en una espantosa promiscuidad de ritos.

El libertinaje más desenfrenado no tardó en echar hondas raíces en las costumbres de los griegos, que seguramente se dejaron influenciar por la religión de los asirios, que rendían a Cibeles un culto acendrado, a la vez que también se adoraba a Príapo en la figura innoble y bestial de Baal Peor, y a Afrodita en la de Astarté.

Los profetas y sacerdotes fenicios que, por lo general, eran invertidos o hacían todo lo posible por parecerlo, practicaban unas ceremonias en las que la más brutal sensualidad se traducía en actos de furioso sadomasoquismo, ya que estos fanáticos llegaban hasta el extremo de producirse mutilaciones y heridas que a veces terminaban en la muerte.

Cuando, en la actualidad, escuchamos decir a los ancianos que

sus tiempos fueron más morales, es porque ya se ha perdido la memoria de aquellas religiones fabulosas por las que los habitantes de los pueblos más remotos practicaban toda clase de perversiones en medio de las licencias más desenfrenadas.

Las fiestas en honor de Dyonisos, dios del Vino, que tuvo en Tracia el origen de su culto, revestían un carácter de inconcebible inmoralidad, ya que estaban permitidos todos los contactos y prácticas sexuales, incluso las más monstruosas, resultando acaso las de menos importancia las que se referían al ayuntamiento orgiástico de madres con hijos.

Acerca de las primeras celebraciones de las Dyonisíacas, Plutarco hace mención, en varias de sus obras, de las ceremonias que tenían lugar al principio y las que se celebraron más tarde, cuando las reuniones de aquellas multitudes, ebrias de alcohol y de lujuria, se congregaban alrededor de los sacerdotes que se sentaban a la sombra de un gigantesco falo. Saint-Ives describe así uno de los aspectos de aquellas fiestas:

"En primera línea marchaban los *myxtes*, comprendiendo a los bacantes y a los iniciados. Las bacantes, unas montadas en burros, las otras conduciendo machos cabríos, con la cabellera en desorden y los ojos huraños, pasaban sosteniendo unos falos, de gigantescas proporciones, que se aparecían en estado de constante erección. Seguían después las *canéforas*, grupo de vírgenes que llevaban unas cestas llenas de primicias de todos los frutos, flores y pasteles, representando los órganos genitales masculinos, y un falo coronado de flores. Venían luego los *falóforos* con la cabeza cubierta de yedra, de violetas, de sérpol y de acanto, sosteniendo, igualmente, unos falos enormes y rodeando una estatua de Baco, que ofrecía la singularidad de tener un triple miembro tallado en madera de higuera."

Cuando todas estas gentes habían logrado el grado máximo de exaltación, lo que tenía lugar muy pronto, caían en una especie de éxtasis religioso, que se traducía después en una furiosa exaltación. Los hombres se castraban, ofrendando sus despojos genitales al dios, y las mujeres se estrujaban y mordían los pechos, arrancándose los pezones, que masticaban e ingerían. Unas a otras se mordían furiosamente en la región genital, sin que los dolores que, indudablemente, habían de experimentar fuesen bastante para contener aquella furia místicoerótica que les embargaba.

Lucano se ocupa con extensión de estas ceremonias sangrientas

a las que asistió muchas veces, no sabemos si en calidad de oficiante o de mero espectador. Afirma que los excesos de la autocastración no eran muy frecuentes; de todas formas se refieren a los actos sadomasoquistas, tan conocidos en todas las religiones, y, si entre los asirios adoptaban esas modalidades extremadas, ello puede atribuirse principalmente al hecho de que aquellas gentes estaban ahítas de la práctica de la sexualidad en sus rutas normales, lo que, indudablemente, produce esa exaltación que lleva a las máximas monstruosidades del erotismo insatisfecho.

Se ha llegado a admitir también que la castración fuese un acto muy frecuente, no como una violenta manifestación del deseo erótico, sino más bien con un fin de purificación. Cabe admitir esta teoría, puesto que, según los historiadores, los hombres y mujeres que cometían todos estos actos eran los sacerdotes o adoradores fanáticos, que ya habían llegado a una edad avanzada que les producía un estado de impotencia o de anafrodisia natural.

Cuando estas fiestas alcanzaron el máximo grado de obscenidad fué al ser asociadas con el culto de Cibeles, la diosa frigia de la lujuria. Los sacerdotes de este culto rechazaban en absoluto las ideas de castidad y de continencia que motivaron la castración de los adoradores de Dyonisos, dictando toda clase de normas para gozar los placeres sexuales que recomendaban hasta que los oficiantes cayeran materialmente extenuados. Este culto fué, sin duda alguna, el más terriblemente obsceno de todo el paganismo oriental llevado a Grecia por los Coribantes, nombre que recibían los sacerdotes de Cibeles.

Pero por si esto fuera poco, aún se agregaron a las fiestas dyonisíacas los ritos de Cottitos, dedicados especialmente a los homosexuales de los dos sexos. Toda esta amalgama de monstruosidades eróticas constituyeron las Grandes Dyonisíacas, en las que se adoraban a todos los dioses de la lujuria y del desenfreno, constantemente presididos por Príapo. (Lámina III.)

Al cabo de algún tiempo se suprimieron en absoluto las escenas de castración. En Atica tenían lugar las ceremonias en el mes de noviembre, en la época de las vendimias. Aristófanes refiere cómo una familia acudía a las fiestas mayores del culto fálico. Una de las hijas llevaba a la cabeza una cesta en la que iba, atado con cintas de colores, un corderillo destinado a los sacrificios sangrientos en honor de la divinidad priápica, y detrás de ella marchaba un esclavo portador de un enorme falo de higuera, símbolo de la fuerza

procreadora. El padre y la madre de la joven, en último lugar, cantaban himnos eróticos alusivos a los contactos sexuales, en los que no se omitía ninguna de las perversiones que se ha dado en decir que son el producto de la libertad de las modernas costumbres.

Según el mismo autor, las hetairas de ínfima categoría y algunas que hacían compatible su intelectualidad con los más bizarros deseos eróticos, se entregaban a todo el que las solicitase, porque estas escenas eran consideradas como actos legítimos del culto.

En las fiestas que tenían lugar durante seis días con sus noches, las familias acudían a las inmediaciones de los templos, acompañadas de sus hijos de todas las edades, los cuales, como es natural, podían presenciar absolutamente todas las escenas a que se entregaban sus padres y hermanos mayores, a veces en forma incestuosa.

La parte intelectual de estos festejos, que en Grecia tuvieron lugar en el mes de marzo, estaba a cargo de actores que representaban tragedias, comedias y sátiras en las que no se omitía el más insignificante detalle, con el fin de producir la sensación más exacta de la absoluta realidad. Todas estas representaciones teatrales tenían como único tema cuanto se refería al culto de las divinidades que se honraban. Hombres y mujeres, hombres y cabras, mujeres y machos cabríos, y asnos, y vacas, y ovejas, etc., formaban una amalgama horrible de seres que gritaban y rugían acuciados por el deseo sexual.

Entre tanto, los espectadores procuraban imitar a los que, con tanto realismo, actuaban en la escena, y aún tenía lugar la práctica de infinitas fantasías que los actores se olvidaban de representar.

Todas las perversiones sexuales imaginables descritas por los autores contemporáneos con el mayor lujo de detalles clínicos, las describen los autores clásicos refiriéndose a las ceremonias religiosas de aquellos cultos bestiales. Lo que modernamente nos explicamos por medio de los trastornos psicopáticos, obedecía entonces, en principio, al fanatismo religioso de los paganos.

Las mujeres casadas y las damas de la aristocracia, que a toda costa querían imitar la sapiencia de las hetairas, acudían a los festejos desosas de ver a las envidiadas mujeres que les arrebataban el afecto de sus esposos, con el fin de copiar sus ademanes y practicarlos cumplidamente. El adulterio no era castigado en tal ocasión, y los maridos no tenían derecho a lamentarse de nada, ya que todos aquellos ritos tenían una inspiración netamente religiosa. Refiriéndose a esto, dice Aristófanes que, en aquellas ocasiones, era completamente imposible diferenciar a las hetairas de las mujeres honestas, puesto que toda la feminidad, viejas y jóvenes, pobres y ricas, rivalizaban en la práctica de los impulsos más obscenos e impresionantes.

Al final de estas jornadas, las mujeres de todas las clases sociales entregaban a los sacerdotes los presentes que habían recibido de sus amantes ocasionales, ya fuera en dinero o en especies, y que era de ritual entregar al dios para comprarle la dispensa de sus favores. Demóstenes refiere, asimismo, las escenas que tenían lugar en las ceremonias, coincidiendo en todo con lo que dice Aristófanes. En el mismo sentido se expresan Ovidio y Alciphrón.

Las fiestas celebradas en honor de Adonis tenían lugar en primavera y verano, y estaban exclusivamente a cargo de las mujeres, con la prohibición absoluta de que interviniesen los hombres.

Las mujeres de todas las edades y categorías sociales se reunían en las inmediaciones del templo de Príapo y Afrodita, en el que también se adoraba a Dyonisos, pero sólo como símbolo de la embriaguez alcohólica que precedía a los actos más exaltados del festejo. En aquella ocasión, las mujeres se entregaban a las prácticas sáficas y tribádicas, para lo que se servían de imitaciones fálicas. Unas actuaban de hombres, y otras con arreglo a su sexo. Las danzas y los cánticos, con acompañamiento de sistro, eran de una obscenidad extraordinaria. Algunas se disfrazaban con pieles y cuernos de machos cabríos, imitando las escenas de que hablan las leyendas mitológicas de las ninfas y los sátiros. Algunas veces, las devotas de Adonis salían del recinto que les estaba reservado, para entregarse a las caricias de los pastores que apacentaban sus rebaños por las inmediaciones. Si el pastor guardaba machos cabríos, las damas se unían a los animales en cópulas monstruosas, mientras que el cabrero y sus zagales calmaban los ardores de las que no querían someterse a la violencia de las bestias.

En estas orgías de mujeres solas, siempre había que lamentar víctimas a consecuencia de los golpes y mordiscos que se daban unas a otras en los momentos de la máxima excitación sexual.

Estas fiestas recibieron el nombre de *thesmophorias*, y son citadas con todo detalle por Aristófanes, el cual dice que duraban cinco días, desde el 9 al 13 de octubre, y tenían lugar en honor de Demeter, diosa de la fecundidad, al mismo tiempo que se consagraba a Adonis.

La víspera de la ceremonia, las mujeres atenienses se dirigían hácia el monte de Halimos, situado a hora y media de trayecto de Atenas, tiempo que invertían las mujeres en narrar y practicar sucesos obscenos, "lo que les hacía olvidar las molestias del camino". Desde el mismo momento de su llegada, y cuando se consideraba que no faltaba ninguna de las oficiantes, empezaban a realizar las ceremonias de los misterios nocturnos, "los cuales tenían un carácter fuertemente erótico, donde los instintos lesbianos se manifestaban libremente".

El día o tomaban los baños purificadores en las aguas sagradas del mar, y durante todo el día se ejecutaban los juegos y danzas destinadas a procurar el necesario equilibrio a los sentidos exacerbados. Al tercer día, las mujeres regresaban a Atenas, donde las fiestas continuaban en los templos de la ciudad, y después se celebraban unos actos parecidos a los del miércoles de ceniza, durante el cual los atenienses evocaban a sus muertos y entonaban cánticos fúnebres en honor de las antiguas divinidades, bastante olvidadas en virtud de las ceremonias constantes que imponía el culto pagano. Por último, la fiesta terminaba entre cánticos, danzas y juegos que duraban un día entero, en el cual los maridos podían entregarse con sus mujeres a las faenas propias del matrimonio.

Durante las fiestas *thesmophorias,* parece ser que es cuando adquirieron mayor desarrollo las costumbres homosexuales de las mujeres que más tarde cristalizaron en las ceremonias de la isla de Lesbos, bajo la dirección entusiasta de la poetisa Safo. Igualmente, los hombres establecieron entonces unos ritos semejantes, inspirados seguramente en las fiestas de las mujeres, a las que envidiaron por sus orgías, para convertirse después en una costumbre o en un culto que tuvo sus apóstoles en Platón, Sócrates y otros personajes, igualmente célebres.

Un aspecto del culto de Cottitos consistía en una fiesta exclusivamente dedicada a los pederastas e invertidos de todas clases, ya que también podían concurrir las mujeres. Los coribantes, que presidían los ceremoniales, eran invertidos o fingían serlo, y estaban encargados de la iniciación de los efebos.

Estos concurrían vestidos, adornados y perfumados como mujeres, cuyos ademanes imitaban perfectamente. El macho cabrío era el símbolo animal de este culto, aunque también se adoraba a Hermafrodito. Esto prueba que la homosexualidad se practicaba en los dos

aspectos: en el puramente animal y fisiológico y en el intelectual y psicológico, que se llamó más tarde amor socrático.

Otras fiestas que se celebraron en honor de Adonis, en las que intervenían hombres y mujeres, no eran más que un pretexto para satisfacer los impulsos sexuales de los griegos, especialmente los que se relacionan con la prostitución. Según Lamairesse, la finalidad de aquel culto no podía considerarse religiosa, aunque, desde luego, presidían todos los actos las divinidades priápicas, al igual que en todas las ceremonias sexuales. "Bajo ligeros velos, cenadores de mirtos y de laurel—dice—, bajo las tiendas que cubrían las guirnaldas de flores, estaban las hieródulas, las sacerdotisas de la diosa, jóvenes y bellas esclavas de origen griego y asirio. Profusamente cubiertas de alhajas, vestidas de costosas telas, ostentaban sobre su frente una mitra llena de pedrería, de la que se escapaban las espesas trenzas de su negro pelo, entrecruzadas con guirnaldas de flores. Sobre sus senos, redondos y firmes, que resguardaba un tenue velo, pendían cadenas de oro, de ámbar y de perlas o de resplandeciente cristal como insignia de sus religiosas funciones, y en la mano llevaban una rama de mirto y una paloma, el pájaro de Venus."

Luciano alude a estos festejos, y en la descripción que hace de las ceremonias, no parece faltar el elemento religioso, que niega Lamairesse. Dice que, durante las fiestas, todas las mujeres tenían la obligación de cortarse los cabellos y de entregarse un día a los extranjeros en honor de la diosa, y, en presencia de la estatua del dios, rodeada en tal época de un ilimitado número de falos de diversas magnitudes, las mujeres practicaban el amor tantas veces como se les pagase, "y todo el dinero obtenido en esta pública prostitución pertenecía a los sacrificios ofrendados a la divinidad".

Pero esto ya se refiere a la prostitución religiosa, que tuvo su origen en Babilonia, en cuyo país, según Herodoto, las mujeres tenían la obligación de entregarse a un hombre en el templo de Istar, aunque sólo fuese una vez en su vida, pero a condición de recibir una recompensa material, que debería ser entregada en el altar de la diosa. Las mujeres que, pasada la pubertad, no podían probar que habían consumado el sacrificio, podían ser obligadas a ello por el primer hombre que las solicitase. Cuatro siglos antes que Herodoto, Estrabón habló de estas costumbres del culto de la diosa Istar.

Según los testimonios más dignos de crédito, fueron los fenicios los primeros que instituyeron la prostitución religiosa en honor de Adonis y Afrodita en Grecia.

Las prostitutas, como quiera que constituían una institución o un ramo profesional, tenían sus divinidades, lo mismo que los comerciantes, los agricultores, los poetas, etc. Esta era la razón de que se celebrasen esos festejos en honor de las divinidades a que se consagraban o bajo cuya advocación ejercían un oficio. Las primeras, como ya hemos dicho, eran las hieródulas, que, a veces, permanecían en el templo varios años; las hetairas y las verdaderas prostitutas, que ejercían su tráfico en los puertos y en las inmediaciones de los mercados y de otros lugares frecuentados de ordinario por los hombres.

Lo más sorprendente de este rito es que las mujeres profesionales de la prostitución se comportaban de una manera mucho más comedida y moral que las damas reputadas como más honestas, cuando les llegaba la ocasión de manifestar su adoración a las divinidades correspondientes. Las prostitutas, las hetairas y las hieródulas se congregaban en las inmediaciones de los templos, esperando la llegada de los clientes. Formaban agrupaciones, con el fin de realizar representaciones de teatro o de danzas, así como para narrar tragedias, recitar poemas o entonar cánticos en alabanza de todas las divinidades eróticas del Olimpo, especialmente a Príapo, cuyas imágenes presidían las distintas manifestaciones de las actividades artísticas de aquellas mujeres.

Contrariamente a lo que ocurría en las dyonisíacas, las prostitutas no se entregaban en público a los hombres, sino que lo hacían en lugares apartados del bosque, entre los altos sembrados o en otros lugares semejantes, cuando no era posible disponer de lugar en el interior del templo.

Tampoco se mezclaba el culto de Baco en estos ceremoniales, y si un hombre había bebido con exceso, era inmediatamente expulsado del recinto donde se verificaban los festejos.

Así resulta que las mujeres más licenciosas, las que no tenían nada que perder, podían dar ejemplo de cordura y hasta de honestidad a las damás más morales y encopetadas de Grecia. En sus ademanes no había gestos obscenos ni detalles que pudieran herir los sentimientos más delicados. Estas manifestaciones de la prostitución religiosa alcanzaron el máximo esplendor en tiempos de Pericles, cuya querida, la célebre Aspasia, que, como se sabe, fué una hetaira, dirigió una academia de hetairas y presidió muchas veces los festejos que celebraban las prostitutas en homenaje de sus divinidades tutelares.

Puede decirse que el más depurado gusto presidía la instalación de los templos y sus alrededores. Las imágenes fálicas, desde la que podía llevarse como amuleto en un anillo hasta la más enorme, construída con la madera de las gigantescas higueras de Corinto, se adornaban profusamente para recibir dignamente las ofrendas de los fieles. Los sacerdotes falóforos encargados de aplicar los remedios eran los que atendían a las prostitutas enfermas, las cuales no podían dedicarse a su profesión mientras no hubiesen recibido por entero los beneficios de Príapo, que jamás dejaba de atender las peticiones de las enfermas que le rendían un culto tan entusiasta.

Lo mismo a la ida que a la vuelta, las prostitutas nunca se dejaban acompañar de hombres que no les inspirasen confianza, y jamás accedían a practicar su oficio fuera de los sitios ocultos apropiados para ello. No obstante, cuando se celebraban las fiestas que las "decentes" dedicaban a los dioses, las hieródulas, las hetairas y las prostitutas más tiradas de Atenas, se mezclaban con las damas, y no tenían el menor reparo en someterse a toda clase de caprichos y de practicar todo género de excesos.

Eran las únicas que entonces no tenían obligación de contribuir al sostenimiento del culto con el producto de sus trabajos, y, por tanto, estaban en libertad de cobrar o regalar los servicios que de ellas solicitaban lo shombres o las mujeres, aunque no podían negarse a satisfacer a los peticionarios que hacían la demanda en nombre de las divinidades priápicas.

En las puertas de todos los burdeles griegos había unas pequeñas hornacinas, en las que se guardaban imágenes fálicas de todos los tamaños y formas. Cuando una prostituta no tenía suerte, y había visto transcurrir el día sin haber entrado en la alcoba prácticamente consagrada a las divinidades eróticas, dirigía una plegaria al falo que presidía la puerta del burdel, y no tardaba en recibir la visita de un cliente. En cambio, cuando se encontraban en el período menstrual, hacían votos para que no las solicitase ningún amigo, para no darle el disgusto de negarse a sus pretensiones.

Las prostitutas griegas eran, a veces, unas señoras más dignas que las más dignas señoras. Las hieródulas, sobre todo, jamás salían del templo y sus alrededores, a no ser que fuese reclamada su presencia en las fiestas, en las cuales actuaban como bailarinas y cantantes y también en calidad de amantes transitorias de los invitados.

Estas manifestaciones, verdaderamente desenfrenadas, del ins-

tinto sexual, no tuvieron siempre la misma expresión; aunque, desde luego, el acto sexual era considerado como el único medio de aproximarse a los dioses a quienes se honraba con las ceremonias. Esto no obstante, muchos individuos observaban una vida casta, de relativa abstinencia; pero, seguramente, se comportaban de tal forma con la intención de obtener los máximos deleites y el vigor más poderoso, como está reconocido que puede lograrse por medio de las vigilias. Al mismo tiempo, es posible que las prescripciones del culto de algunos dioses estableciesen esta norma de conducta, con el fin de que las fiestas fuesen más solemnes, entendiendo que la solemnidad estaba en relación directa con el desenfreno.

Con la degeneración del culto fálico en Grecia coincidió la actitud de los artistas, especialmente los pintores, los cuales trataron de ridiculizar a las divinidades y a sus sacerdotes, lo mismo que a las ceremonias. Los medallones y figuras decorativas de los vasos griegos, que se conservan en las salas reservadas de algunos museos, son de un erotismo y de una obscenidad verdaderamente asombrosos, y revelan el grado de perversión de aquellas costumbres. Mucho más inocentes son las representaciones jocosas de los dioses, tales como los dibujos que reproducimos, copiados con toda fidelidad de algunos vasos griegos. (Lámina IV.)

A partir de esa época en que los reformadores iniciaron la batalla contra la supervivencia de un culto que había perdido en absoluto su pureza primitiva y respetable, puede decirse que ya nada se tomó en serio, y los festivales que antiguamente habían congregado a tan gran número de fieles, se convirtieron en groseras caricaturas, en las que la fe no desempeñaba papel alguno, sino que, por el contrario, se creía en el advenimiento de otra religión nueva, menos humana, pero tal vez más higiénica y noble, que había de imponer la cordura en aquellas mentalidades exaltadas.

No obstante, a pesar de la degeneración de todos los cultos, subsistió la idea primitiva, que alentaba estos misterios de la iniciación, que daban lugar a una existencia superior, íntimamente ligada a las funciones de la procreación humana. Pero lo que ya no se aceptaba eran las fiestas eróticas, comprendiéndose que, para que la raza se multiplicase, bastaba con la celebración de un sólo festejo anual, en época determinada, ya que la mujer no podía parir más que un hijo cada año. Y en estas reflexiones del decadente paganismo griego, llegó la luz radiante del Cristianismo, que disolvió las tinieblas en

que había estado sumiso durante tantos siglos el pueblo más culto y espiritual de la tierra.

Cuando Roma heredó las costumbres de los griegos, éstas ya estaban bastante bastardeadas y habían perdido la mayor parte de su pureza. Lo primero que se adoptó fueron las danzas, formas de expresión de los diversos sentimientos humanos por medio de movimientos rítmicos. "Los movimientos extáticos y voluptuosos — dice Englisch—simbolizaban el abandono a un dios. Las danzas religiosas desempeñaban un papel importante durante las dyonisíacas y las fiestas en honor de Cibeles, las cuales revestían a última hora un carácter lascivo, que terminaban en actos de castración y de mutilación." Al mismo tiempo, las mujeres se cubrían el rostro con una máscara, y, portando una imagen fálica, se entregaban a movimientos desordenados de danzas extremadamente lúbricas al son de los sistros y siringas, que eran los instrumentos musicales más sonoros de aquella época.

Las danzas escénicas no eran menos inmorales—según el criterio moderno—que las celebradas en honor de los dioses durante sus fiestas, especialmente las denominadas *sykinnis,* que consistían en saltos burlescos y en gestos que querían imitar a los de los sátiros, las cuales interpretaban los hombres hallándose con el pene en completa erección. Según Lucano, los ciudadanos atenienses más respetables no tenían inconveniente en tomar parte como actores en la interpretación de estas danzas obscenas. Algunas veces, las mujeres se mezclaban con los bailarines, y la orgía terminaba como los demás festejos, es decir, entregándose a toda clase de actos sexuales.

Las festividades eróticas del culto priápico, no tuvieron entre los romanos las mismas expresiones que entre los griegos, seguramente, porque aquéllos recibieron las influencias de otros pueblos, especialmente de Egipto, con el cual mantenía Roma muy estrechas relaciones, especialmente comerciales.

En el culto priápico de los romanos va asociada frecuentemente la magia de los sacerdotes de las divinidades tebanas. Las divinidades eróticas egipcias alcanzaron en Roma extraordinaria popularidad, mucho mayor que los dioses indígenas, en los cuales se había perdido toda la fe. Pero Príapo, a pesar de todo, seguía presidiendo las bacanales y orgías de los romanos que le dedicaban la veneración más entusiasta.

Las fiestas denominadas *Priapeyas* congregaban a gran número

de fieles en los jardines del templo consagrado al dios que más tarde recibió el nombre de Miphilesh, como ya hemos dicho.

Las fiestas en honor de la divinidad tenían lugar en los últimos días del mes de abril. Las sacerdotisas de Venus o de Isis llevaban en procesión grandes imágenes fálicas, profusamente adornadas, con las que recorrían la campiña, especialmente por la noche, alumbrándose con las antorchas que colocaban en la cúspide de los gigantescos falos. Esta ceremonia procesional iniciaba las fiestas que duraban varios días, durante los cuales las mujeres gozaban de la máxima libertad para manifestar sus sentimientos.

Detrás de estas falóforas marchaban las prostitutas de Suburra, seguidas de las mujeres del pueblo. Por lo general, la aristocracia no tomaba parte en la procesión, sino que sus elementos principales, y a veces los mismos emperadores y su corte, esperaban en las inmediaciones de los templos a que la procesión terminase, para asistir a los espectáculos de la desfloración, que solían tener lugar en los jardines, sirviéndose de las numerosas imágenes de Priapo que había emplazadas en lugares adecuados.

Huelga decir que la imagen de Baco era igualmente reverenciada; los romanos, seguramente más que los griegos, no podían prescindir del dios de las Vendimias y del Vino en sus festivales eróticos.

El cortejo de Baco lo constituían las bacantes, prostitutas que estaban al servicio del templo, y que lo mismo que las coribantes griegas, eran solicitadas en las fiestas que los magnates daban en sus palacios. Las bacantes portaban las vasijas conteniendo los vinos más sabrosos de la Campania, así como las copas que representaban el falo. También llevaban copas cuyos moldes fueron tomados de los pechos de las bacantes más célebres, así como de las sacerdotisas de Venus.

La procesión duraba varias horas. Los músicos entonaban los himnos, que eran acompañados por los cánticos de las bacantes y los devotos, plenos de obscenidades. Algunas mujeres salían de las filas para quedarse rezagadas al borde de la calzada, a fin de entregarse al amor sobre la fresca hierba.

Cuando los fieles llegaban al templo, grandes luminarias alumbraban las imágenes fálicas colocadas en semicírculo en el centro de una plazoleta, alrededor de las cuales danzaban las jóvenes que iban a ser iniciadas en los misterios de las divinidades eróticas. A



FAUNO Y HERMAFRODITA

Este fauno es la representación clásica del Priapo de la mitología greco-romana, el dios de la fecundidad, de la lujuria, del desenfreno y de todo lo peor de la sexualidad

LAMINA I



AUTODESFLORACION PRIAPICA

En los jardines de los templos consagrados al culto fálico en Grecia y Roma, estas estatuas del dios recogían las primicias virginales de las doncellas en una ofrenda solemne

LAMINA II

mismo tiempo, las neófitas saltaban sobre las hogueras que tenían el carácter de fuegos sagrados.

De nuevo volvían a danzar en torno de la imagen central, cantando una especie de lamento amoroso, acompañadas del sistro egipcio. Los hombres que no habían libado bastante permanecían silenciosos observando los movimientos de las danzarinas, que eran dirigidas por las prostitutas y las bacantes, maestras en toda suerte de danzas eróticas. De cuando en cuando hacían un alto para beber vino mezclado con ciertos brebajes afrodisíacos, que preparaban los magos servidores de Príapo, y de nuevo tornaban a la danza.

Cuando se trataba de la iniciación de alguna doncella hija de nobles, los padres, familiares e invitados de categoría ocupaban un ángulo del interior del templo para asistir al sacrificio del asno, el chivo y el conejo, cuya sangre recogían los sacerdotes en una vasija de cobre. Los invitados a la ceremonia, hombres y mujeres, ofrecían al sacerdote un brazo, y, sirviéndose de una aguja de oro, que tenía que ser regalada por la madre de la neófita, practicaba una pequeña incisión hasta extraerles algunas gotas de sangre, que mezclaba con la de los animales sacrificados. Un autor dice, a este respecto: "Una gota bastaba, pues en la más mínima partícula de sangre existen innumerables seres mágicos que se multiplican al separarse del hombre y que amplifican su poder al mezclarse con otra sangre. Estos seres mágicos son poseídos en este caso por una vida extraña. Accionan singularmente sobre el hombre a quien pertenecen, dirígenle atractivamente según su propia ley, y, como están mezclados en el fondo del vaso de cobre a los seres mágicos de otros hombres, impelen a sus antiguos poseedores a acercarse y confundirse, y la sangre de los animales, independientemente de su símbolo panteísta, está allí para comunicarles la fuerza genésica y el instinto de las bestias."

Después de que todos los invitados habían cumplido el rito mágico, el sacerdote agitaba bien todo el contenido de la vasija, valiéndose de una varilla hecha con raíz de mandrágora, que también poseía misteriosas virtudes, y hacía pasar la copa de mano en mano. Los invitados bebían entonces un sorbo de aquella mezcla, elevando la mirada al cielo, como si permaneciesen en éxtasis impetrando la protección de las divinidades. "Muchos había que querían repetir, y había que arrancarles el vaso a la fuerza. Algunos quedábanse con los miembros presos de un temblor. Otros, aun antes de beber, se hallaban poseídos del furor sagrado. Caían al suelo, retorcíanse pre-

sos de espasmos o salían precipitadamente para dar vueltas en torno a un ciprés imitando la melopea cantada por los que fuera seguían honrando a la divinidad."

Al final de esta ceremonia, la neófita era cubierta con una tela blanca, y el sacerdote la conducía a los subterráneos del templo, donde constantemente ardían las llamas del fuego que iluminaba a la imagen de Príapo, a cuyos pies había un bajo triclinio, que es donde debía echarse de espaldas la doncella, precisamente para dejar de serlo.

El sacerdote, antes de consumar el sacrificio, hacía que la joven practicase las abluciones de ritual en el agua sagrada, que contenía varias monedas de oro, y a continuación vertía sobre la vulva de la muchacha un bálsamo perfumado, que tenía la misión de lubrificar el conducto por donde había de adentrarse en su cuerpo el falo del sacerdote.

Finalmente, hacía sonar un gongo, cuyo martillo accionaba desde el subterráneo por medio de una cuerda. A esta señal, los asistentes a la primera parte de la ceremonia proferían grandes gritos y exclamaciones lúbricas, y, al mismo tiempo, como poseídos de una furia incontenible, los hombres se arrojaban sobre las mujeres, los decadentes sobre los efebos y los hombres del pueblo sobre las prostitutas, entregándose a las escenas más tremendas que podían imaginarse. Este estruendo de voces y rugidos impedía escuchar el penetrante grito de dolor que en el subterráneo profería la virgen brutalmente desflorada por el sacerdote de Príapo.

Cuando el sacerdote y la oficiante salían de la cueva, se anunciaba por medio de otro golpe de gongo. Entonces, la ex virgen, con la ropa recogida en la cintura, mostraba orgullosa la sangre que corría por sus piernas, como prueba evidente de que había sido desflorada, y, por tanto, acababa de entrar en la etapa más hermosa de su vida.

Cada noche tenían lugar tres desfloraciones a cargo de los sacerdotes. Las que se realizaban por medio de las imágenes fálicas eran incontables. Las desfloradas iban a reunirse en la plazoleta, generalmente desnudas o con muy poca ropa, para que los circunstantes pudieran apreciar en la blancura de sus muslos las huellas cruentas de su ofrenda al dios. Al final de los ritos es cuando tenían lugar las célebres *priapeyas*, en las que las mujeres, solteras y casadas, se entregaban a toda clase de prácticas eróticas, ora con los hombres, ora con las bestias, o con otras mujeres. Otro tanto hacían los de-

votos masculinos de la divinidad, que, desde lo alto de su pedestal, presidía aquella orgía inenarrable, que convertía a los seres humanos en verdaderas bestias ebrias de lubricidad y de vino, que no cesaban de entonar sus cánticos en honor de la divinidad símbolo de la animalidad procreadora, de la sensualidad inextinguible y ardiente, desprovista en absoluto de espiritualidad.

EL "LINGHAN" Y EL "YONI"

Las religiones indias.—Shiwa, Vishnú y Krichna.—Las imágenes fálicas.—El templo de los 365 «linghamsw».—Los amores védicos.—Ceremonias del culto del «lingham».—El sagrado y sucio Ganges.—La secta de los «sakty».—Las bayaderas.—Ausencia del elemento obsceno. La autodesfloración.—Las vacas y toros sagrados.—Las reliquias fálicas.—Los pastores del Himalaya.—Sus ritos sanguinarios.—Razones. Lubricidad y fecundidad.

No está aclarado aún si fué en Asiria o en la India donde tuvo origen el culto a los órganos de la procreación. Probablemente, fué en este último país donde se adoró primeramente al símbolo de la generación, que no sólo se reducía a los órganos masculinos, sino que también santificaban los indios a las partes sexuales de la mujer.

Aunque los orígenes del culto fálico aparecen bastante confusos en cuanto a su antigüedad, parece quedar demostrado que fueron los indios los primeros adoradores del *lingham*, a juzgar por las reproducciones que figuran esculpidas en los templos y monumentos más antiguos del Indostán, dato importantísimo, que no ha podido obtenerse con tanta precisión en las investigaciones que los historiadores y arqueólogos han realizado en los restos de la gran civilización caldea.

En la ley de Manú, que, a pesar de su remotísima antigüedad, aún se observa entre los habitantes de la India misteriosa y fanática, se contienen numerosos principios divinos y humanos heredados de los primitivos Brahmanes, los cuales dejaron intervenir en mucho la superstición para la práctica de sus ritos. Más tarde apareció el budhismo, doctrina ascética alimentada por las fanáticas creencias de las castas superiores; pero los Brahmanes la combatieron, porque, al ser el ascetismo el camino que señalaban los budhistas para conseguir los dones del cielo, la raza se fué extinguiendo poco a poco amenazando con desaparecer, aunque es bien cierto que sus indivi-

duos constituían una clase superior, desde el punto de vista intelectual.

Los partidarios de Brahma recogieron en su seno a todos los desheredados, a los que, no pudiendo soportar el yugo budhista, necesitaban ampararse en otra creencia menos subyugadora. Entonces, los brahmanes, que desde un principio se mostraron contrarios al celibato que abría el camino a la desaparición de la raza, en vez de divinizar la existencia de que hablaban los apóstoles, divinizaron la vida misma, cuyo principio fundamental era la generación.

Las multitudes que no podían soportar los ritos ascéticos de la otra religión se entregaron a Brahma, que había tendido los eficaces anzuelos de la lujuria y la exaltación del instinto sexual en todas sus manifestaciones, considerando que los placeres eran la mejor compensación terrenal que el hombre podía obtener para contrarrestar los padecimientos que, naturalmente, impone la vida. Así nació el culto de las deidades sexuales de Shiwa y Vishnú, la adoración del *lingham-yoni*, que constituía el símbolo del acoplamiento, y del *Nahman sagrado*, que representaba la unión del semen del hombre con el flujo menstrual de la mujer.

La adoración de Shiwa, sus templos, las imágenes del culto, los fetiches que se adoran como prolongación del dios esencial, todas las ceremonias y sus libros sagrados, demuestran claramente su origen esencialmente erótico, y sus prácticas, a pesar de las influencias de la civilización británica y del tiempo transcurrido, continúan puras o ligeramente modificadas, sólo en aquella parte que se refería a los sacrificios humanos que, a pesar de todo, aún se practican de cuando en cuando en algunos puntos en los que el control de las autoridades dominadoras se presta rodeado de ciertas dificultades.

Pero aunque el shiwaísmo ofrezca esos caracteres, es lo cierto que también es, además de una religión, un conjunto de razones filosóficas, morales, científicas y hasta políticas que fué copiado por los griegos y romanos y, posiblemente, en primer lugar, por los pueblos asiáticos, a quienes se atribuye la exportación a Grecia del culto fálico.

El dios Krichna, indudable equivalente de Príapo, fué el esposo o el amante de Vishnú, que dió origen a la Afrodita griega. No obstante, Krichna aparece como un guerrero valeroso y de una vitalidad y energía extraordinarias, por lo que también puede compararse con Marte, el dios griego de la guerra. El prolífico dios indio se metió a su poderío tierras, reyes y mujeres de las que nacieron los

primeros hombres, que después se extendieron, poblando el mundo entero. En principio, no parece que Krichna fuese el dios del Amor; pero, en virtud de las prácticas supersticiosas a que, como una religión secundaria o accesoria, se entregaba el pueblo, se convirtió en el dios del Amor, simbolizando su culto, no ya el de la guerra, sino el del placer carnal, el de la voluptuosidad, el de la lujuria.

Todos los libros sagrados de los indios se refieren a las aventuras de sus dioses, especialmente las de carácter erótico. Pero es que las divinidades mitológicas indias son tantas y tan parecidos sus ministerios en el cielo y en la tierra, que resulta una tarea punto menos que imposible distinguirlos exactamente en el inmenso cúmulo del más extenso politeísmo que registra la historia de las civilizaciones.

Las hazañas de Shiwa, de Krichna y de Kamadewa, las tres figuras masculinas más interesantes del caos místico-erótico de la religión de Brahma, aparecen mezcladas y confusas en las narraciones de los autores sagrados, y a veces no hay más remedio que pensar si los tres personajes, aunque distintos, no se hayan apropiado las aventuras de los otros para presumir después en las reuniones que ellos mismos celebrasen narrando los sucesos de que habían sido o pretendido ser protagonistas. No cabe duda que la vanidad era una de las características más importantes de estas gentes, que tan poco tenían que hacer, como no fuese darse la mejor vida posible.

Pero los devotos de estas divinidades, tanto de las masculinas como de las femeninas (1), no parece que apreciaron en mucho, o por lo menos preferentemente, las cualidades espirituales de los dioses; pues, aunque llegaron a representarles con figura humana, la mayor parte de sus imágenes eran fragmentarias, refiriéndose principalmente a los órganos de la generación, es decir, al lingham del hombre y al yoni de la mujer.

Por otra parte, esos símbolos priápicos, que lo mismo entre los asirios que entre los egipcios y los griegos y romanos, eran representados en tamaños descomunales, en lo que parece existir cierto

(1) En ninguna mitología ni religión se concede a la mujer, en el aspecto social, tanta importancia como la que en todo tiempo tuvo en la India. Así en los cultos de las divinidades sexuales, aparece casi siempre la representación del símbolo masculino de la procreación, pero muy raramente el femenino. En la India se rindió el mismo culto a los dos emblemas sin diferencia alguna, y aún es fácil que tuviese más importancia el culto del *yoni*, por cuanto que un teólogo decía que la maternidad de una mujer vale más que la paternidad de mil hombres.

elemento perverso, no han sido nunca representados por los indios en esas proporciones exageradas. Sólo en los caminos, en los pórticos de los templos, a la entrada de las ciudades, etc., puede verse hoy mismo, en la India, esas imágenes del lingham, colocadas, sí, sobre elevados pedestales, pero de tamaño tan reducido, que la mayor parte pueden utilizarse por las mujeres para practicar con ellas su desfloración, lo que demuestra lo natural de sus proporciones.

Aún pudiera decirse que el primitivo lingham indio no se ajustaba a la estructura anatómica natural, ya que, según se ven hoy en Benarés, en Haiderabad, en Bombay y otras ciudades, más bien parecen semiesferas que cilindros. En cambio, existen otras representaciones perfectísimamente imitadas del miembro viril, verdaderos falos, que también reciben el nombre de lingham, y que pueden portarse con facilidad.

Ahora bien, para comprender estas diferencias en la forma, es preciso advertir que el lingham propiamente dicho, es, en realidad, el *lingham-yoni*, que representa a los dos órganos de la procreación: el masculino y el femenino. El emblema se compone de una pequeña columna cilíndrica, conoide u ovoide en su parte superior, incrustado en una representación convencional de la vulva femenina, en la que, sin necesidad de un gran esfuerzo imaginativo, se advierten con cierta fidelidad los grandes y pequeños labios y el cuerpo clitoridiano.

En todos los templos indios dedicados al culto de Shiwa, existen representaciones de esta naturaleza, construídas de diversos materiales, especialmente de madera, cobre o hierro, y raramente en mármol e incluso en oro. En la célebra pagoda de Tanghore existen 365 linghams de todas las dimensiones, que se ven perfectamente alineados y dispuestos en forma que las mujeres que quieran desvirginizarse o disfrutar de los beneficios del contacto sexual con estos objetos sagrados, puedan hacerlo cómodamente. Las devotas adornan estas imágenes con flores y pequeños regalos, ungiéndolas con agua sagrada y bálsamos perfumados. Esta costumbre se practica en la actualidad, y, aunque a los europeos les es bastante difícil asistir a estas ceremonias, puede conseguirse mediante un disfraz adecuado y una gratificación a los sacerdotes o directores de los oficios que no son nada incorruptibles.

Cuando la desfloración de las doncellas no se efectúa por medio de la imitación fálica, puesto que pueden hacerla los sacerdotes e incluso los amigos de la muchacha, es de ritual dedicar una plegaria al lingham y efectuar después el contacto del fetiche con los

genitales. En muchas regiones de la India subsisten aún los vestigios de la primitiva religión védica, la más antigua de todas las creencias, y la más pura también en lo que a la sexualidad se refiere, puesto que se trata de una concepción naturalista, pese a que haya sufrido bastantes transformaciones en el curso de los siglos. "Los amores védicos—dice Fontane—resultaban ser de una extremada pureza, por lo mismo que eran absolutamente libres y absolutamente sinceros. La amante proclamaba su deseo, y el amante correspondía al ansia ardiente de su joven enamorada. El hombre no abusaba de sus gracias. No había en todo aquello ninguna coquetería malsana, ningún intento de dominación. Amar, decirlo y demostrarlo, parece ser la ley de los castos amores védicos."

En efecto, en ningún pueblo se ha concedido tanta importancia al amor como en la India antigua y moderna, entendiendo por amor el sentimiento que nosotros, occidentales y civilizados, experimentamos. Ello ha sido debido, en gran parte, a la posición privilegiada que en todo tiempo gozó la mujer, lo que no obsta, a pesar de todo, para que el indio no se sirva de ella más que como un instrumento de placer, lo mismo en lo que se refiere a los deleites del alma que a los de los sentidos.

Así vemos en el *Rig-Veda*, uno de los más célebres libros sagrados de los indios, cómo Syavaswas invoca a la noche para que lleve su homenaje a la encantadora Darbha y a su padre: "La luna es el astro de los amantes; bajo sus blancos rayos surge el dulce ensueño, que proscribe los brutales ardores del amor que envilece. Para el aria, el bien supremo está en el beso dulcemente depositado en la tímida mejilla, conservando la amante la actitud de la amiga que habla suavemente al oído de su bien amado." Los vedas, claro está, no practicaban el culto fálico; pero su raza se extinguió, porque la castidad ha sido siempre incompatible con la procreación.

Sólo al Norte de la India, seguramente entre los *shiks*, audaces y belicosos, es donde subsisten ciertos aspectos de los ritos védicos, extrañamente importados de Ceylán, sede del culto, y situado a muchos centenares de miles de kilómetros. No obstante, aunque el amor pueda interpretarse en la forma de que habla el *Rig*, también es cierto que se rinde al lingham o, por mejor decir, al falo, un culto entusiasta y a veces desenfrenado.

Mas pese a todas las tradiciones milenarias del pueblo que se unió al cortejo de Indra, Shiwa es la divinidad que cuenta con mayor número de santuarios, en los que se adora al lingham como símbo-

lo exacto de la procreación humana, que no guarda una estrecha relación con el amor, según lo practicaron los castos vedas y lo entendemos los licenciosos occidentales.

Este culto del falo está extendidísimo por todo el Asia, a excepción de algunos pueblos, tales como la China y el Japón y otros influídos por las doctrinas del budhismo.

Laurent y Nagour, refiriéndose a este culto, dicen:

"Se le encuentra profusamente en el Cambodge, donde todos los años, en las fiestas de la recolección, se pasea procesionalmente por las calles un lingham hueco, en el cual va un muchacho que asoma su alegre cabeza. Los yognis llevan el lingham colgado del cuello, y solícitamente le ofrecen las primicias de todas sus comidas. El órgano viril fué considerado en los pueblos antiguos el emblema de la fecundación universal. Su culto ha llegado a ser uno de los mitos populares de la India. Sobre la montaña de oro, Kailasa, refieren las leyendas, mora el dios Shiwa. Hay allí una plataforma sobre la cual se ve una mesa cuadrada, enriquecida con nueve piedras preciosas, y en el medio está el loto, que tiene en su seno el triángulo, fuente y origen de todas las cosas. De este triángulo sale el lingham, dios eterno que allí tiene su eterna morada.

"Aún hoy todavía, después de haber pasado treinta siglos posiblemente, y a despecho del puritanismo de Inglaterra, los indios adoran estos símbolos geométricos del lingham y del yoni. Aquél se le ve en todas partes en los caminos, en las encrucijadas, en las plazas públicas y en los campos. Las ceremonias religiosas muestran siempre las huellas del propio erotismo.

"Síganos el lector por unos instantes, y, con el pensamiento por vehículo, entremos en Benarés, la ciudad santa de los indios. Sale el sol: es la hora de las abluciones, pues ningún agua no es más santa ni más purificadora que la del sagrado río Ganges. Por los escalones, hombres, mujeres y niños, bajan a la orilla para sumergirse en las santas ondas que les purifican de toda mancha de pecado (1).

(1) A pesar de esto, no he visto un río cuyas aguas lleven en su corriente más suciedad ni que forme remansos más pestilentes. En ellas flotan las cenizas de los cadáveres que se incineran en las márgenes del sagrado río, y a veces trozos de miembros humanos que escaparon a la acción devoradora del fuego. Pueden verse numerosos animales muertos, detritus de todo género, trapos sucios, algodones procedentes del sifilicomio de la ciudad y todo cuanto quiera verse de repugnante y asqueroso. Sin embargo, los indios más religio-

"Valiéndose de un vaso de reluciente cobre, recogen el líquido y lo vierten sobre la cabeza y el pecho. Las mujeres deshacen en el río guirnaldas de claveles de la India y de jazmines. El Ganges se transforma en una corriente de flores. Se ve a los faquires, inmóviles como estatuas, con los brazos extendidos hacia el sol naciente, hundidos en el profundo aislamiento de una muda contemplación. Desde lo alto de las plataformas, los brahmines enseñan a la multitud los sagrados linghams. Por encima del río, los palacios recortan sus arcadas ruinosas sobre un cielo azul, y los templos levantan sus pirámides cinceladas, donde se amontonan las imágenes de los dioses y los animales simbólicos y sagrados. Se observa una profusión de esculturas, algo así como una floración monstruosa de la piedra. Bajo los pórticos marmóreos, toros de talla enorme aparecen echados, y se ve en todos sitios, constantemente repetida, la imagen de Ganesha, el dios de la Sabiduría, el dios que tiene cabeza de elefante.

"Han terminado las abluciones: resuena la música en los templos; la multitud se agolpa en los atrios. Las estatuas de las divinidades aparecen coronadas de flores. Pero todos los homenajes se le rinden preferentemente al lingham, que las mujeres coronan de rosas de la India y rocían con manteca fundida. Los linghams levantan sus cilíndricas formas alrededor de los templos y en los cruces de las calles. Circulan los faquires, desnudos por completo, con el cuerpo embadurnado con excremento de vaca. Otros permanecen en cuclillas, en actitud meditabunda e inmóviles como muertos, desnudos enteramente y con la piel cubierta de la citada materia excrementicia.

"Alrededor de los santuarios se pasea sobre palanquines las imágenes de Shiwa, Shiwa el Verbo y la Fuerza, el dios cuyas formas son indecisas, hombre y mujer juntamente, sosteniendo en una mano el lingham y con la otra un falo de oro. Los sacerdotes, vestidos de blanco, ostentan con veneración emblemas fálicos ante los cuales se arrodilla la gente. Delante, entre los músicos, van las bayaderas, desnudas de brazos y piernas, las canillas ceñidas con brazaletes de plata, los dedos de las manos y el gordo de los pies cargados de anillos, y otro de oro pendiente del ala derecha de la nariz. Van agitando sus velos de seda, y al andar, con cierto movimiento rítmico de las caderas, hacen que vibren los cascabeles de plata que llevan

sos, ciegos muchos a causa de las conjuntivitis blenorrágicas y otras infecciones producidas indudablemente por las aguas cotaminadas del río, creen purificarse de sus pecados en esta inmensa ciénaga que es el Ganges divino.—*Martín de Lucenay.*

adheridos a las franjas de sus vestiduras. En el templo, un brahmín, de cráneo desnudo, acurrucado en el suelo dice:

"—¡Yo soy Brahma! ¡Yo soy el Universo!

"Al ritmo lento de las violas y los tam-tams, evolucionan las bayaderas, arqueando sus cuerpos en sagradas contorsiones. En tanto, los brahmines han hecho traer los falos sagrados de plata maciza y enriquecidos de piedras preciosas. Los fieles los besan con gran devoción y los rocían con agua del Ganges. Las mujeres, sacudidas por histéricas contorsiones, abrazan el monstruoso símbolo, besándolo con frenesí; después le coronan de flores. Entre la multitud circulan las vacas consagradas de dorados cuernos. Llegado un cierto instante, un brahmín se pone en pie y dice:

"—Venimos a limpiarnos de las manchas que deja el pecado. ¡Haznos fecundos y prósperos!

"Y tocando su ombligo y sus órganos genitales, añade:

"—Ahí habitan el fuego, el sol y la luna.

"Después relata a los presentes, quienes, mientras tanto, se embadurnan con boñiga de vaca, la maravillosa historia de Krichna: a los quince años ya había seducido a todas las vaqueras de su reino. Después enumera las virtudes de Shiwa, símbolo de la Naturaleza, el que sin cesar crea y destruye."

Y añade Laurent:

"A propósito de las ceremonias eróticas de la India, M. E. Lamairesse describe los "ritos de la mano izquierda" que "unen los dos sexos, suprimiendo toda división de castas". En las reuniones no públicas, los afiliados, ahítos de carne y de bebidas espirituosas, adoran la *sakty*, bajo la forma de una mujer, que con frecuencia es la de uno de ellos. Aparece completamente desnuda sobre algo así como un pedestal, y uno de los iniciados consuma el sacrificio verificando el coito con ella. Termina la ceremonia con un ayuntamiento general de todos los circunstantes, en el que cada pareja representa a Shiwa, y su sakty queda identificada con la divinidad. El afiliado habrá de realizar estas funciones sensuales sin buscar la satisfacción de los sentidos, con el pensamiento absorto en el dios. Los catecismos que enseñan estas formas de devoción están llenos de elevadas teorías morales y aun de riguroso ascetismo; pero, en realidad—termina diciendo—, los individuos que componen estas reuniones no son más que unos hipócritas libertinos."

Estas afirmaciones de Lamairesse son completamente equivocadas, por no decir que falsas en su mayor parte. Estos ritos de la

sakty son practicados por un corto número de individuos herederos de las antiguas tradiciones búdhicas del ascetismo y la abstinencia, los cuales, en los primeros tiempos, sacrificaban una doncella en el altar de las divinidades procreadoras. El Gobierno inglés logró desterrar la ceremonia del sacrificio, y entonces se sustituyó por la de la sakty; pero Lamairesse no está en lo cierto, ya que se olvida de decir que los individuos de esta secta se reúnen una sola vez al año, dos a lo sumo, la segunda después de la recolección, si ésta ha sido abundante, y en estas fiestas eróticas de periodicidad sexual, si es cierto que ejecutan toda clase de licencias, no hay nada que les impida centrar todo su pensamiento en el dios, como tampoco es cierto que la divinidad prohiba esas expresiones voluptuosas, que en el hombre son imprescindibles para la procreación.

Estas gentes que, repetimos, forman un pequeño núcleo, ya casi desaparecido, son, en realidad, las más humildes; pero, en lo que cabe, también las conservadoras de las viejas tradiciones del ideal ascético, aunque en las reformas operadas se haya introducido el culto al falo, en el que se adora más que al símbolo de la procreación, sin olvidar tampoco que, al tratarse de la casta de los parias, hay muy poderosas razones económicas que les obligan a limitar su descendencia.

En cuanto a las manifestaciones generales del culto fálico en la India, es evidentemente cierto que los ritos se practican en forma análoga a como tuvieron lugar hace muchos siglos, si bien se han suprimido radicalmente los sacrificios humanos que eran una de las características principales del culto.

Entonces, cuando las vírgenes iban al templo a suplicar de los dioses que las hiciese fecundas, ya que la esterilidad era considerada como una deshonra, era necesario que una de ellas, cualquiera, pero que fuese joven y preferentemente impúber, prestase su sangre para la comunión de las iniciadas. Entre aquellas gentes fanáticas, no faltaban muchachas que entregaban su vida a la deidad, seguras de que, con el tiempo, serían convertidas en sacerdotisas de Vishnú en la otra existencia.

Ante el altar del dios, las bayaderas, que han existido siempre lo mismo que las hieródulas griegas y las bacantes romanas, ejecutaban danzas y cánticos en honor de los dioses. Después se hacía descender al lingham sagrado, y las neófitas, ayudadas por un sacerdote, se introducían la imitación fálica en la vagina y, mediante un brusco movimiento de presión, se desfloraban ellas solas. La sangre que

resultaba de estas desfloraciones se mezclaba con una parte de la que se extrajo del cuerpo de la doncella sacrificada, y, con esta mezcla, se preparaban medicamentos, que tenían la virtud de curar las enfermedades y trastornos sexuales de todo género.

Las que querían consagrarse al culto de las divinidades eróticas eran desfloradas por los sacerdotes. Estos elegían a aquellas que eran más de su agrado, y, si aceptaban el sacrificio, se las educaba después, bajo la dirección de los sacerdotes y de las bayaderas para que pudiesen oficiar en los ritos del templo.

Al mismo tiempo que los ritos en honor del lingham, antiguamente se practicó la prostitución religiosa. Estas mujeres, que eran las bayaderas o sacerdotisas, no se prostituían más que a los forasteros o a los viudos, es decir, a aquellos hombres que no pudiesen disponer legalmente de una mujer; pero muy raras veces ejercían un comercio con los hombres de la ciudad, a no ser que se tratase de un voto hecho a la divinidad, la cual les dispensaba este favor mediante una retribución.

Las bayaderas tenían la misión de efectuar la diaria limpieza del templo y de las imágenes fálicas, y, sobre todo, la de danzar en las fiestas de iniciación pubertal de las jóvenes que no se realizaban de una manera periódica, sino que tenían lugar al entrar en la pubertad. Tal ceremonia equivalía a la del bautismo en la Cristiandad, siendo los padres de la iniciada los que sufragaban los gastos de la fiesta.

Los sacerdotes organizaban antiguamente procesiones, a la cabeza de las cuales iban los acólitos portando los linghams sagrados. Después marchaba una orquesta de músicos y, por último, venían las bayaderas que ejecutaban danzas ante la puerta de la morada de las jóvenes que iban a sacrificarse a los dioses eróticos.

Pero todas estas ceremonias que, como decimos, aún se conservan en ciertas regiones de la India, no han sido nunca obscenas, ni lo son ahora. En las manifestaciones externas del culto parece presidir el espíritu de los antiguos ascetas búdhicos, los cuales se comportaban dentro de los límites de la mayor decencia. Es solamente en los templos donde algunas veces, sobre todo cuando se bebe con exceso, pueden advertirse escenas que no se ajustan del todo a la moral usual; pero, en estos casos, los sacerdotes expulsan a los perturbadores, mientras que las gentes respetables se entregan a los placeres del coito en honor de los dioses que presiden las fiestas.

Las ceremonias de la desfloración de las doncellas no puede ser

presenciada por los hombres, y a veces no pueden concurrir ni los sacerdotes, encargándose de los ritos las bayaderas. Lo mismo sucede cuando la desfloración se celebra valiéndose de las imágenes que hay en los campos, costumbre que practican las mujeres de la casta de los labriegos y pastores. En este caso, es necesario que asistan otras mujeres de edad, las cuales deberán testificar que, en efecto, se ha verificado el sacrificio de las doncellas, que sin este requisito no pueden contraer matrimonio.

En las inmediaciones de Calcuta existen varios templos y pequeñas pagodas en los que se adoran a todas las divinidades del Indo. Uno de estos pequeños santuarios está exclusivamente dedicado a los dioses del amor y ante la portada se levanta una columna, en cuyo vértice hay una imitación fálica en piedra, de tamaño algo mayor que el natural. Otras cuatro imágenes de esta naturaleza muestran sus relieves obscenos a cada lado de la estrecha pirámide; pero están dispuestas de forma que las mujeres pueden efectuar acoplamientos muy cómodamente y sin el menor esfuerzo.

El falo que figura en la extremidad superior del monumento, que, como decimos, es de piedra muy dura, está tan desgastado a fuerza de besarle que, al cabo de muy poco tiempo, acabará por desaparecer, borrado por el desgaste del roce con los labios. En cambio, los falos que utilizan las mujeres para la autodesfloración, aunque hace muchísimos años que se utilizan, aunque están muy pulimentados, no ofrecen tanto desgaste. Hay que comprender que estos falos son cuatro, y el de arriba no es sino uno.

En otras columnas parecidas, situadas en las inmediaciones de estos templos, el falo ha sido sustituído por unas piedras sagradas, que ofrecen un hueco a una altura conveniente, aunque en su cúspide campee una imagen fálica. Estos orificios son utilizados por los hombres cuando están afectados de una dolencia sexual o de cualquier trastorno que les impida realizar el acto carnal.

Como divinidades accesorias del culto del lingham, en algunas partes de la India, especialmente en el Punjab y el Dekán, se rinde veneración a las vacas y toros sagrados, imitaciones muy toscas hechas de madera, pero que presentan atributos sexuales de estructura completamente humana. Los sacerdotes que atienden al culto de estas divinidades fálicas, hacen que los hombres se masturben, recogiendo el licor seminal, o sea el sagrado *Nahmann*, que después mezclan con la sangre de las mujeres menstruantes, únicas

resultaba de estas desfloraciones se mezclaba con una parte de la que se extrajo del cuerpo de la doncella sacrificada, y, con esta mezcla, se preparaban medicamentos, que tenían la virtud de curar las enfermedades y trastornos sexuales de todo género.

Las que querían consagrarse al culto de las divinidades eróticas eran desfloradas por los sacerdotes. Estos elegían a aquellas que eran más de su agrado, y, si aceptaban el sacrificio, se las educaba después, bajo la dirección de los sacerdotes y de las bayaderas para que pudiesen oficiar en los ritos del templo.

Al mismo tiempo que los ritos en honor del lingham, antiguamente se practicó la prostitución religiosa. Estas mujeres, que eran las bayaderas o sacerdotisas, no se prostituían más que a los forasteros o a los viudos, es decir, a aquellos hombres que no pudiesen disponer legalmente de una mujer; pero muy raras veces ejercían un comercio con los hombres de la ciudad, a no ser que se tratase de un voto hecho a la divinidad, la cual les dispensaba este favor mediante una retribución.

Las bayaderas tenían la misión de efectuar la diaria limpieza del templo y de las imágenes fálicas, y, sobre todo, la de danzar en las fiestas de iniciación pubertal de las jóvenes que no se realizaban de una manera periódica, sino que tenían lugar al entrar en la pubertad. Tal ceremonia equivalía a la del bautismo en la Cristiandad, siendo los padres de la iniciada los que sufragaban los gastos de la fiesta.

Los sacerdotes organizaban antiguamente procesiones, a la cabeza de las cuales iban los acólitos portando los linghams sagrados. Después marchaba una orquesta de músicos y, por último, venían las bayaderas que ejecutaban danzas ante la puerta de la morada de las jóvenes que iban a sacrificarse a los dioses eróticos.

Pero todas estas ceremonias que, como decimos, aún se conservan en ciertas regiones de la India, no han sido nunca obscenas, ni lo son ahora. En las manifestaciones externas del culto parece presidir el espíritu de los antiguos ascetas búdhicos, los cuales se comportaban dentro de los límites de la mayor decencia. Es solamente en los templos donde algunas veces, sobre todo cuando se bebe con exceso, pueden advertirse escenas que no se ajustan del todo a la moral usual; pero, en estos casos, los sacerdotes expulsan a los perturbadores, mientras que las gentes respetables se entregan a los placeres del coito en honor de los dioses que presiden las fiestas.

Las ceremonias de la desfloración de las doncellas no puede ser

presenciada por los hombres, y a veces no pueden concurrir ni los sacerdotes, encargándose de los ritos las bayaderas. Lo mismo sucede cuando la desfloración se celebra valiéndose de las imágenes que hay en los campos, costumbre que practican las mujeres de la casta de los labriegos y pastores. En este caso, es necesario que asistan otras mujeres de edad, las cuales deberán testificar que, en efecto, se ha verificado el sacrificio de las doncellas, que sin este requisito no pueden contraer matrimonio.

En las inmediaciones de Calcuta existen varios templos y pequeñas pagodas en los que se adoran a todas las divinidades del Indo. Uno de estos pequeños santuarios está exclusivamente dedicado a los dioses del amor y ante la portada se levanta una columna, en cuyo vértice hay una imitación fálica en piedra, de tamaño algo mayor que el natural. Otras cuatro imágenes de esta naturaleza muestran sus relieves obscenos a cada lado de la estrecha pirámide; pero están dispuestas de forma que las mujeres pueden efectuar acoplamientos muy cómodamente y sin el menor esfuerzo.

El falo que figura en la extremidad superior del monumento, que, como decimos, es de piedra muy dura, está tan desgastado a fuerza de besarle que, al cabo de muy poco tiempo, acabará por desaparecer, borrado por el desgaste del roce con los labios. En cambio, los falos que utilizan las mujeres para la autodesfloración, aunque hace muchísimos años que se utilizan, aunque están muy pulimentados, no ofrecen tanto desgaste. Hay que comprender que estos falos son cuatro, y el de arriba no es sino uno.

En otras columnas parecidas, situadas en las inmediaciones de estos templos, el falo ha sido sustituído por unas piedras sagradas, que ofrecen un hueco a una altura conveniente, aunque en su cúspide campee una imagen fálica. Estos orificios son utilizados por los hombres cuando están afectados de una dolencia sexual o de cualquier trastorno que les impida realizar el acto carnal.

Como divinidades accesorias del culto del lingham, en algunas partes de la India, especialmente en el Punjab y el Dekán, se rinde veneración a las vacas y toros sagrados, imitaciones muy toscas hechas de madera, pero que presentan atributos sexuales de estructura completamente humana. Los sacerdotes que atienden al culto de estas divinidades fálicas, hacen que los hombres se masturben, recogiendo el licor seminal, o sea el sagrado *Nahmann*, que después mezclan con la sangre de las mujeres menstruantes, únicas

que pueden penetrar en aquellos templos, y con ambos productos y una cierta cantidad de agua del sagrado Ganges, componen unas mixturas que recomiendan para la curación de la esterilidad y la impotencia o que administran en gotas como filtros amorosos, que aseguran ser de gran eficacia.

En la magia de los indostanos, cuyos ritos son los más complicados y misteriosos que se conocen, la sangre y el semen humanos son los principios activos más apreciados. En los templos donde se adora al lingham y tienen lugar las desfloraciones, se recoge cuidadosamente el producto de los cruentos desgarros himenales para preparar esos afrodisíacos y filtros o los brebajes, a los que se atribuye extraordinarios poderes curativos. Hasta de la lejana Persia se solicitan constantemente estas misteriosas drogas, de las que hacen gran consumo los poderosos señores que tienen serrallos y no pueden atender a sus numerosas mujeres.

En las ciudades sagradas de la India, como Benarés, Haiderabad y otras, los faquires y brahmines que habitan en las inmediaciones de los santuarios expenden infinitos recuerdos, que consisten todos en caprichosas imitaciones fálicas. Viendo estas curiosidades actuales y las reliquias de la misma índole que se conservan en los museos, procedentes de la época grecorromana, resulta difícil diferenciar a unos de otros. Creo, a mi juicio, que la India fué el primer pueblo que adoró al falo, porque no puede admitirse que dicho país copiara las costumbres griegas.

Los indios guardan cierta veneración por las cabras y, en general, por todos los rumiantes. Esta veneración se convierte algunas veces en un culto erótico, ya que las cabras han servido en otros tiempos para realizar la iniciación sexual de los muchachos, lo mismo que las mujeres se sirvieron de los machos cabríos, aunque no seguramente con fines esencialmente religiosos. En algunas partes se encuentran reproducciones de cabras y otros animales, especialmente en los templos de Shiwa, lo que permite creer que el bestialismo fué una práctica erótica bastante extendida entre los primeros devotos del credo de Brahma.

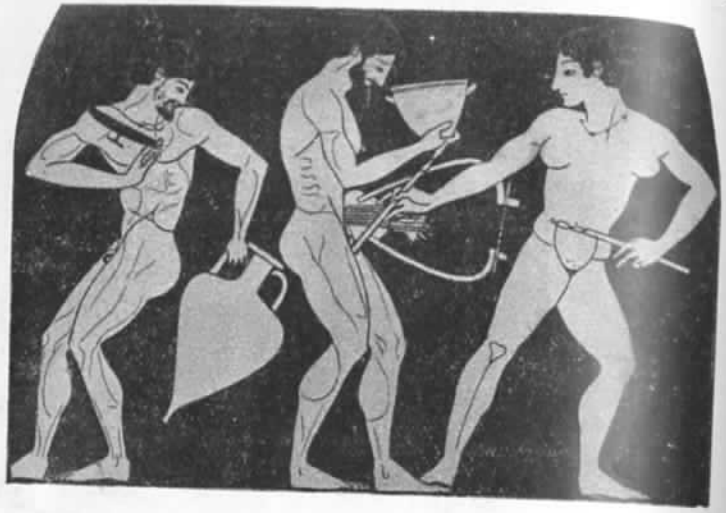
En las estribaciones del Himalaya, los pastores adoran al falo en la representación viva de los machos cabríos blancos y las vacas del mismo color de pelo. Estas gentes practican unos ritos sanguinarios y esencialmente sádicos, que acaso sean mezcla del ascetismo de los primeros budhistas y del desenfreno de los saktys y acaso también de los ritos de los *thamiles* de Ceylán.



LAS "PRIAPEYAS"

Las fiestas celebradas en honor de Priapo, revestían antiguamente la máxima solemnidad, pero aún eran mayores las manifestaciones de libertinaje de aquellos pueblos decadentes

LAMINA III





PINTURAS EROTICAS

La pintura del grabado superior representa a una ninfa haciendo una fantasía con los genitales de un hombre, y la del grabado inferior reproduce al dios Pan corriendo tras de una ninfa. (Ambas pinturas son de vasos griegos)

LAMINA IV

No poseen templos. Los ritos tienen lugar en los circos, que forman los ingentes canchales de la enorme montaña, eternamente coronada de blanco por las nieves perpetuas del Everest.

Durante las largas estadas que hacen los indígenas apacentando sus ganados en los pequeños valles donde hay pastos frescos, las mujeres permanecen en las tiendas de la llanura fabricando la manteca y el queso, que tanta fama tienen en el Norte del Indo. Sólo dos veces al año, si los temporales no lo exigen antes, los pastores van a sus viviendas, en las que habitan mezclados con el ganado, que les procura alimento y abrigo, con su leche y sus pieles, y hasta con el calor animal de sus cuerpos. Las hembras prolíficas, especialmente las cabras, ocupan en los afectos de estos hombres tanto lugar como sus propias mujeres. Ese bestialismo, tan frecuente en los pastores de todo el mundo, reviste caracteres más acentuados entre los ganaderos del Himalaya.

Las cabras blancas estériles o poco fecundas ocupan el lugar de las divinidades, y los machos de la mejor casta, que son los progenitores de la especie, tienen también prestigio de dioses. Esto se explica porque los pastores no poseen más bienes de fortuna que los que obtienen de la ganadería. Los ganados son su tierra y su cielo; son el todo en su existencia dura y miserable, sin placeres diferentes a los que pueden procurarse en el reducido círculo de sus actividades iguales a los de las sociedades más primitivas.

Se ignora la antigüedad de este culto, que no acaba de ser religioso, pero que es naturalista. Es posible que, a través del espacio y de los tiempos fuera transmitido desde aquí hasta Asiria, a Egipto, a Grecia y a Roma. Si el macho cabrío fué considerado como un símbolo religioso, seguramente mereció este aprecio, no porque encarnase la lubricidad—el mono, que es el animal más lúbrico, no ha sido objeto nunca de adoración—, sino porque seguramente representaba a la fecundidad más positiva, ya que el macho cabrío era el genitor de las cabras que producen carne, leche, manteca y pieles, y que es todo cuanto los hombres necesitan para nutrirse y abrigarse sin necesidad imperiosa de recurrir a otros alimentos.

En las teogonías mitológicas no se ha adjudicado al macho cabrío su importancia preponderante, que no debió ser erótica, sino económica principalmente. Pero es probable que el culto primitivo de estos animales, de los que tomaron su figura los Pan, los Sileno, los faunos y sátiros y hasta el mismo Príapo, y, muy posteriormente,

el Diablo, el Gran Cornudo de que hablan los ritos cristianos, no fuese en su origen esencialmente erótico. Quizá el carnero sea más lúbrico que su pariente el cabrón e infinitamente menos que el mico; y ninguna mitología le recoge en su seno para deificarle, ofreciéndole al hombre como ejemplo de la actividad erótica y procreadora.

Pues estos pastores, lo mismo que hemos visto que ocurría en el paganismo griego y romano, aún siguen respetando, más que adorando, a estos animales. Las mujeres estériles se entregan a los cabrones, domesticados para este fin, y los hombres comulgan con su semen para adquirir las propiedades de la potencialidad fecundante. Pero no hay nada obsceno en sus ritos; no hay nada que pueda estimarse lesivo a los intereses morales de este pueblo, aparte, naturalmente, de los hechos imprescindibles de bestialidad. Mas estos animales, que a veces reciben la misma o mayor consideración que las personas, merecen este afecto por su utilidad manifiesta, por lo que representan en la existencia de los pueblos ganaderos.

No han divinizado a los humanos, pero adoran a los animales. Por eso su extraña religión, completamente naturalista, es, a la vez, eminentemente positiva. Representan al macho cabrío en figuras de piedra o madera, provisto de un falo seguramente desproporcionado; pero el culto no se dedica preferentemente a estas imágenes, sino a su sacerdotes, por decirlo así, que son los auténticos machos y las hembras blancas, a los que alimentan y cuidan con atenciones exquisitas; a los machos, porque representan prácticamente la fecundación y la riqueza, y a las hembras estériles, porque deben ser sacrificadas y servir de alimento a los devotos del culto, aparte de que la sangre del sacrificio les produce una fascinación que se considera muy importante en lo que se refiere a las excitaciones sexuales.

Entre los negros *atbaras* del Africa Oriental, se encuentra un culto muy parecido en la parte que afecta a la fascinación producida por la sangre en la esfera sexual. Los indios del Sur del Himalaya, que habitan los pueblos situados al Norte de Delhi y de Patna principalmente, sacrifican a los animales que constituyen el cortejo de las supuestas divinidades de una manera feroz, que recuerda los casos del sadismo sanguinario. Después de sacrificada la cabra, dan muerte a otros animales viejos y gastados o a las hembras que paren hijos débiles o degenerados. Los indígenas se arrojan sobre los despojos sangrientos, que despedazan y comen con verdadera fruición.

Los órganos genitales de los machos viejos son reservados para los ancianos pastores de la tribu, y los de las hembras que han sido prolíficas, son devorados por las muchachas que van a iniciarse en los misterios de la pubertad.

Antes de ser devorados estos órganos, los indígenas los cuelgan en largas pértigas, que pasean por todo el poblado cantando y gritando alabanzas en honor de las bestias sacrificadas. Cuando la excitación ha llegado a su colmo, los pastores más jóvenes y vigorosos se retiran en unión de las muchachas hacia la montaña, y allí permanecen con ellas dos días con sus noches. A su regreso al poblado se celebran las ceremonias del casamiento de las jóvenes con sus iniciadores, los cuales pueden tener tantas esposas como les permitan sus posibilidades económicas. Durante los dos días siguientes, comen la carne de los animales sacrificados, que prepararon las madres de los contrayentes. Terminadas las fiestas, los pastores marchan a las lejanas montañas de los pastos, y ya no regresan hasta que las cabras no están en condiciones de producir la mejor leche.

Entre los *kirguises* se celebran ceremonias parecidas; pero en este pueblo se practica el culto del lingham de forma semejante a como se realiza entre los brahmanes, lo que no es de extrañar, dada la proximidad del Turquestán. No obstante, sorprende que tengan aceptación, ya que los kirguises profesan la religión musulmana.

En todo el Asia se practica el culto del lingham, aunque sólo sea por sectas e incluso por familias de religión brahmánica. Los faquires que recorren en peregrinación los países más alejados de su patria, son los encargados de propagar el culto del lingham, al mismo tiempo que venden los emblemas del rito fálico.

En el Thibet, donde la mujer que pasa de la pubertad sin haber sido desflorada precisamente por un extranjero tiene pocas probabilidades de encontrar esposo, se practicaron en tiempos los ritos fálicos, a pesar de que el brahmanismo fué duramente combatido por los lamas, pues se castigaba a sus adeptos con la pena de muerte. No obstante, se admitió la práctica de la desfloración sirviéndose de los atributos fálicos importados de la India, y en Lhassa, que es la sede del lamaísmo, llegó a habilitarse un templo en el edificio del monasterio para la celebración de las ceremonias, que siempre iban precedidas de sacrificios humanos. Las doncellas acudían al templo a desflorarse; pero los monjes completaban la obra del artificio por medio de los procedimientos naturales.

Actualmente se considera desaparecido el culto fálico entre estas

gentes, cuyo fanatismo exacerbado no admite las ingerencias de los cultos extraños a la religión ascética de Indra.

El culto sigue practicándose en la India, incluso entre los musulmanes, los cuales no lo aceptan como ceremonia erótica, sino que lo admiten como práctica higiénica para la curación de las dolencias sexuales en el hombre y en la mujer. Los ingleses no han podido desterrar este aspecto antiquísimo de la religión brahmánica, que continúa mantenido por los nacionalistas, que en su pugna con los dominadores acatan todo lo que sea indígena, menos por voluntaria aceptación que por referirse a un rito que repugna a los occidentales.

EL CULTO FALICO ENTRE LOS EGIPCIOS Y MUSULMANES

Los símbolos.—La hipocresía.—El respeto a los órganos sexuales.—Las divinidades animales. Los gatos de Bubastis.—Los falos sagrados. La parodia del acto.—La realidad.—La orgía de los animales.—La ingerencia de Roma.—La política natalista y el culto de Príapo.—Entre los musulmanes.—Rareza del culto fálico.—La importancia del «dkeur» y la «keuss».—Los nombres de los órganos de la generación.

En Egipto fué Osiris la representación suprema del culto del símbolo de la generación. En los descubrimientos practicados últimamente en el Valle de los Reyes, abundaron las reproducciones de Osiris, que era representado de distintas formas, aunque muy rara vez provisto de los atributos naturales de la virilidad. Isis, la compañera de Osiris, simbolizó principalmente el amor, la procreación y la maternidad.

Los atributos de los dos sexos no fueron representados por los egipcios más que por medio de símbolos; así: el órgano viril tenía la figura de una llave, la *tau,* y la vulva femenina se representaba por medio de un harnero, "que recoge el grano y el salvado; pero que sólo retiene el primero, dejando escapar el segundo". Otro símbolo de la generación era simplemente un ojo, con ceja o sin ella, que se unía siempre a los atributos del dios Osiris, con el fin de significar las relaciones existentes entre los dos sexos.

Los egipcios fueron muy aficionados a los eufemismos, los jeroglíficos, los acertijos, las metáforas y todo cuanto en realidad pudiera servir para ocultar las formas de la expresión franca. Fueron hombres que valieron mucho más que los de otros pueblos: serios, emprendedores, sagaces y todo lo que se quiera; pero también los más grandes hipócritas, los seres de espiritualidad más atrabiliaria y compleja.

En las fiestas semestrales, que tenían ocasión al iniciarse la

crecida del dios Nilo y al dejar al descubierto el limo que fecundaba las tierras, se celebraban en honor de Isis y Osiris diversas ceremonias, cuya finalidad esencial estaba en servir de pretexo para la iniciación de los jóvenes en los secretos de la procreación.

La representación exacta de los órganos copuladores de los dos sexos, no se aceptó como en la India, en Grecia, en Roma y en Asiria. Incluso para designar esos atributos se servían de eufemismos y de imágenes metafóricas; pero la razón de estas reservas no estaba en que tales atributos fueran considerados indecentes, como ocurre actualmente en los pueblos occidentales y civilizados, sino que por ser tanto el respeto que inspiran, se consideraría poco menos que como una irreverencia hacer alusión descarada a esos símbolos sagrados.

Por las mismas razones la exhibición de los órganos sexuales era un gesto prohibido, ya fuese al natural o sólo en imágenes. Las mismas *cristóforas*, o sea las prostitutas, o, si queremos decirlo de otro modo, las consagradas al culto de los dioses eróticos, mientras llevaban sobre la cabeza el harnero, por el cual simbolizaban los órganos femeninos de la procreación, ocultaban en el seno un estuche, en el que llevaban guardadas las imágenes fálicas, que a veces eran de oro adornadas con valiosas piedras.

Las gentes adoraban a las divinidades en su figura convencional; pero, en realidad, el culto se rendía a los emblemas de la generación, de que naturalmente tenían que estar provistos. Estas adorables imágenes, que, según Apuleyo, eran la representación de la divinidad suprema, puesto que, merced a ellas, el hombre podía disfrutar de los placeres más intensos y ocultos, tenían que venerarse ocultas también. Creían que en esas partes residía todo el principio vital de la raza, y su exposición al aire libre era considerada como un peligro de difícil conjuración, cuyos misterios sólo podían conocerse por medio de los oráculos.

Toda la enorme fantasía de los egipcios parecía centrarse en los graves misterios del sexo, que para ellos representaban lo más respetable de toda su religión. Ni aun los mismos animales eran sacrificados si antes no se elevaban preces solicitando del cielo la buena recepción de sus almas, no por el sacrificio en sí, sino porque se trataba de seres provistos de órganos análogos a aquellos que con tan extremada devoción reverenciaban los hombres en sus propios cuerpos. Fué esta una religión en la que presidía siempre un extraño concepto de fetichismo, de narcisismo específicamente genital.

Llegó incluso a prohibirse que los hombres o las mujeres posasen las manos sobre esas partes, extremada y rigurosamente secretas, de sus cuerpos; así se consideraban de sagradas. Incluso después de muertos, el respeto de los anatomistas, que seguían fieles a los principios religiosos del culto al falo y al órgano hembra, hacía que aquellas partes no fueran tocadas, ni miradas siquiera. Ignoramos de qué procedimiento se valdrían los médicos egipcios para curar una dolencia tan sencilla de atajar, como, por ejemplo, el chancro blando, es fácil que la gangrena mortal fuese el resultado de aquel fetichismo exagerado, que centraba en el aparato génitourinario la existencia del alma y de la vida.

Sin embargo, los egipcios no constituyeron un pueblo verdaderamente modelo en cuanto a moralidad sexual. Como el incesto era una práctica natural, amparada por las leyes, los varones se encargaban de iniciar a sus hermanas en los fabulosos misterios de Isis, y las madres hacían otro tanto con sus hijos, en lo que afectaba a la jurisdicción de Osiris. Pero como todo se hacía en nombre de la poderosa divinidad fálica, no había nada que temer de la fecundia de los otros dioses, que vigilaban con preferencia el culto de los muertos.

Estos eran los dos extremos de la vida religiosa de los egipcios: el embalsamamiento de los cadáveres y la iniciación en los misterios profundos de la procreación; el culto de la Muerte y el de la Vida, simbolizado en una complicadísima teoría de dioses que empezaba en el Sol y acababa en cualquier cosa inmunda, por ejemplo, el célebre escarabajo sagrado, que era adorado porque vivía en el estiércol y fabricaba pelotas de basura, a las que se atribuía determinadas virtudes mágicas.

El verdadero dios de la fecundidad era el padre Nilo, el río, que en su cópula anual con la madre Tierra, depositaba sobre ella su semen, el limo, que abonaba los terrenos de labrantío. Los egipcios adoraban al Nilo por la misma razón que los pastores del Himalaya rendían—y rinden—un culto constante al macho cabrío: porque del Nilo venían todas sus riquezas, todo su poder y la mayor parte de su comercio. Vivían del Nilo y por eso le adoraban. Era una religión práctica y positiva, de la que se obtenían beneficios a fecha fija y cada vez crecientes.

Todos los elementos eran divinidades, lo mismo que los animales, las piedras y las plantas; dvinididades buenas o maléficas, según:

a veces la malas podían convertirse en buenas y viceversa; todo dependía de las fantásticas patrañas de los oráculos.

Los templos de las divinidades eróticas, que en realidad eran sólo fecundadoras ,estaban en todas partes: en Karnak, en Anmon, en Menphis, en Luksor o en la misma capital, Alejandría. En el antiguo templo de Osiris en Karnak, hoy convertido en ruinas, se han establecido unos industriales alemanes que se dedican a la fabricación de huevos de gallina; la química alemana da para todo, lo mismo que la antigua alquimia de los egipcios hacía que los templos pareciesen laboratorios químicos: el templo de Karnak parece predestinado a ser el imperio de la retorta y el alambique desde el día ya remoto de su inauguración.

El buey, la vaca, el macho cabrío, su hembra y muchos animales más, es decir, casi todos los representantes del reino animal, constituían un símbolo de algo, de lo que fuese: de un poder de la Naturaleza, de un elemento, de un fenómeno cósmico, etc. A lo mejor a una estrella le daba por descender a la tierra y refugiarse en el cuerpo de un gato; y el gato era sagrado. O la luna se refugiaba en un mochuelo de ojos verdes y enigmáticos; y el mochuelo merecía los honores de un dios. Todos estos bicharracos eran reverenciados tanto como los demás pueblos adoraron a otros dioses. En Egipto todo era sagrado, menos los hombres; el hombre parecía ser el ente más vulgar e indigno de la creación.

Los antiguos egipcios no fueron muy partidarios de la política natalista. Sus tierras útiles, limitadas a la franja que anualmente fecundaban y regaban las aguas del padre Nilo, no podían ensancharse en virtud de las ambiciones de sus vecinos, de los cuales fueron los peores los romanos. Pero sí hacían lo posible por no tener hijos, adelantándose en muchos miles de años a las razones que esgrimió Malthus, gustaban de entregarse a todos los placeres de la carne nadando y guardando la ropa.

Al llegar a la pubertad, los sacerdotes de los templos en que se adoraba a las divinidades eróticas recorrían las ciudades y los pueblos, convocando a las gentes a las grandiosas fiestas, en que habían de tener lugar las ceremonias de la iniciación pubertal. Bubastis fué el punto elegido para la celebración de los grandes misterios de la fecundidad y de aquellas extraordinarias bacanales, que dejaron chiquitas a las de Grecia y Roma. Esta ciudad, que antes se había llamado Pibeset, estaba situada en un brazo del Nilo en la región del Bajo Egipto.

El gran templo, consagrado a la diosa Bubastis, hija de Isis y Osiris, albergaba en su inmenso recinto a una multitud de imágenes vivas de la diosa; estas imágenes no eran más que gatos, miles de gatos, entre los cuales presidía la imagen de Bubastis, que tenía la figura de uno de estos felinos.

Los gatos vivían de los alimentos que diariamente les llevaban los innumerables fieles que adoraban a estas divinidades, perfectamente domésticas, que, de tiempo inmemorial, viven en guerra constante con la grey ratonil. Pero la alimentación, o, mejor dicho, la provisión de determinados manjares para toda esta inmensa familia, formada por varios millares de individuos, resultaba a veces un arduo problema. Los ratones y los pájaros, que suelen constituir muy codiciables golosinas para los gatos, eran animales sagrados. Las sardinas, tampoco podían ser devoradas por los mininos, porque también eran sagradas. El Nilo producía abundante cantidad de peces, que solían quedar en las charcas en grandes masas, cuando el río disminuía su cauce; ¿pero cómo iban a comerse los sacerdotes de Bubastis a los hijos del sagrado río? Por esta razón, los adoradores de la diosa se veían imposibilitados de regalar a sus ídolos con tales golosinas, y entonces les llevaban trigo, maíz, garbanzos y otros productos de la tierra, que depositaban en los grandes silos que había en el templo. Entonces los guardianes de aquel parque gatuno convertían los productos citados en especies comestibles, y Bubastis y su gente vivían felices y sin las preocupaciones que varios miles de años más tarde asaltaron a sus congéneres Micifuz y Zapirón.

Todos los años, cuando el río iniciaba el ascenso de su manso cauce que rendía a la tierra, pródiga y rica en virtud del limo que depositaban sus aguas, de todos los puntos de Egipto comenzaban a llegar a Bubastis los peregrinos que habían de asistir a las ceremonias del culto fálico. Dice Herodoto que llegaban a reunirse más de setentecientos mil peregrinos; Estrabón cuenta que pasarían del millón en los años que se habían recogido abundantes cosechas.

Cuando ya no se esperaba la llegada de más peregrinos, se organizaba una descomunal procesión, que recorría los alrededores y daba varias vueltas al templo. Entre tanto, los millares de gatos que habían permanecido sometidos a una dieta de tres días, proferían unos maullidos espantosos, en los que ponían los acentos típicos y molestos que acostumbran a exhalar en los tejados en las frías y luminosas noches de enero, que es cuando la luna, es decir,

Bubastis, anda por los tejados en busca de aventuras amorosas. La falange gatuna estaba separada por sexos, en previsión de muy posibles acontecimientos sexuales, hasta que comenzaban las fiestas en honor de la diosa, lo que ocurría cuando la cabeza de la procesión hacía su entrada en el templo precedida de la ternera blanca destinada al sacrificio.

Entonces se echaba de comer a los hermanos de Bubastis, y cuando se comprendía que estaban bien alimentados y en la mejor disposición para entregarse a sus ardientes y complicadas tareas amorosas... Pero veamos antes qué es lo que hacían las personas para ocuparnos después de los animales, cuyo comportamiento era bastante parecido.

Detrás de la vaquita iban las *cristóforas*, es decir, las prostitutas sagradas, que servían de sacerdotisas en el templo de Isis, las cuales ejecutaban danzas lúbricas mientras mostraban a los fieles los falos, que llevaban escondidos en el seno en estuches de maderas sagradas. La capitana de todas ellas, esto es, la cristófora más vieja y que tenía contraídos méritos muy relevantes en el ejercicio de su placentera y sagrada profesión, portaba el falo, de oro macizo, que había pertenecido a Osiris cuando este dios andaba por el mundo líado con las mujeres de su familia, especialmente con su hermana Isis. El miembro viril del dios de las almas, del amor, de la fecundidad y de otras cuantas cosas más, fué lo único que se salvó de la furia de Tifón, el personaje que tuvo a bien darle la muerte. Pero, a juzgar por las dimensiones del falo, Osiris debió padecer infantilismo genital, porque el emblema era muy pequeño y retorcido como un sacacorchos; esto coincide con la visión que tenían las antiguas beatas, que se creían poseídas por Satanás, el cual estaba provisto de un aparato más propio para destapar botellas que para deshojar virginidades.

Todas las jóvenes que iban a ser iniciadas tenían que desfilar ante el falo sagrado y depositar en él un ósculo reverente al mismo tiempo que entregaban a los sacerdotes los regalos que habían traído para las divinidades. El desfile de toda esta gente hubiera durado muchos días, a no ser porque se formaban numerosas filas que pasaban ante las cristóforas que sostenían otras producciones del sagrado atributo. El falo de oro estaba reservado a los labios de las jóvenes de calidad, hijas, hermanas y demás parientes de los faraones.

Terminada la ceremonia del beso, las gentes penetraban en el

recinto del templo para admirar de cerca a la diosa Bubastis, que se presentaba a los fieles en una postura por demás inconveniente: mostrando la parte trasera de su sagrado cuerpo y dejando ver un orificio natural, que todas las gatas honestas se cubren con la cola. Pero la cola de Bubastis estaba levantada, erecta, y rematada por una imitación del glande viril. Era un caso convencional de hermafroditismo, pues a poco que la diosa lo hubiera deseado, podría haber calmado sus ardores genitales sin la ayuda de otro individuo del sexo contrario.

Inmediatamente hacían su aparición los sacerdotes de Osiris y Anubis, que también portaban imágenes fálicas muy parecidas al lingham de los indios; tenían el aspecto de palmatorias, con su correspondiente vela, la cual iba incrustada en una imitación de la vulva femenina. Las sacerdotisas portadoras de los harneros místicos, reproducciones simbólicas del órgano sexual femenino, iban recogiendo las velas y palmatorias de los sacerdotes, que depositaban en los cestos como parodia del acto sexual. Seguían los cánticos en honor de los dioses y alusivos a su vida erótica, y entonces empezaba la verdadera bacanal. Los sacerdotes se apoderaban de las doncellas, éstas de los machos cabríos, los jóvenes de sus hermanas, de sus madres, de quien fuese, y el templo de Bubastis y sus alrededores quedaban convertidos en un inmenso campo en el que se desarrollaban muy cruentas y placenteras batallas de amor.

Al mismo tiempo, se abrían las compuertas que contenían aquella enorme ola de gatos y los animalitos se precipitaban furiosos unos sobre otros para repetir las mismas escenas que estaban representando los humanos.

Nadie escapaba a las consecuencias del culto: personas y animales se entremezclaban en aquellas oleadas de lubricidad incontenible, necesarias para la iniciación de los misterios de Isis, a cuyos pies yacía el cadáver de la vaquita, en cuya sangre mojaban los pies los oficiantes. Bubastis, seguía con el rabo apuntando al cielo, con la enorme vulva abierta en demanda de un consuelo que nadie prodigaba. Las escenas se repetían hasta que los actores caían exhaustos de fuerzas, que recobraban alimentándose, para después reanudar la batalla con más bríos.

El Nilo entre tanto, consciente de su papel fecundador, seguía extendiendo sus aguas sobre la tierra, como si también se uniese a ella una cópula fabulosa.

Y el falo, sobre todas las cosas, sobre los dioses, las personas,

el Nilo y los animales, presidía la lúbrica bacanal como la expresión más poderosa de la gran adoración de los seres vivos al símbolo potente de la virilidad fecundadora, que todo lo puede y todo lo representa en el caos politeísta que pretende transformar en otras imágenes a los ídolos verdaderos y primitivos.

En los últimos tiempos de la primitiva cultura egipcia, los hábitos y las ceremonias religiosas en honor de las divinidades eróticas degeneraron bastante, lo mismo que aconteció en las otras civilizaciones.

En esta última época la hipocresía de los egipcios fué menos apreciable porque se transformó en manifestaciones más naturalistas. Seguramente los dioses no inspiraron entonces el mismo temor que en otros tiempos había rodeado a la Esfinge. Los oráculos perdieron popularidad, porque sus anuncios dejaron de realizarse en la forma inevitable que tenía lugar en los tiempos mitológicos.

Los acontecimientos políticos que dieron lugar a la intervención de Roma en los negocios públicos de los egipcios, las guerras que los reyes sostuvieron y perdieron contra los romanos, la decadencia de las artes y la aparición sobre la fe de los pueblos de otras doctrinas, fueron las causas principales de la decadencia del culto de los dioses, no sobreviniendo más que la adoración a las deidades más respetables y fundamentales de la religión, tales como Isis, Osiris, Horus y otros igualmente importantes. Las divinidades secundarias, así como sus cultos, desaparecieron para no ser al cabo de poco tiempo más que un recuerdo. Las preocupaciones materiales impusieron a los egipcios más seriedad en su vida, otro carácter más austero francamente interpretado.

Pero las influencias extranjeras, especialmente la asiria, y seguramente con preferencia la de los romanos, hicieron que los adoradores del Nilo, que también iban perdiendo su fe en los poderes del río (1), adoptasen los ritos que les enseñaban los romanos, lo mismo que éstos habían adorado a las divinidades eróticas egipcias.

Con la influencia romana coincide la época en que se inicia el derrumbamiento de la primitiva cultura egipcia. El culto de Osiris, que se conservaba bastante puro, dió entrada a las reglas del culto

(1) La pérdida de la fe en los poderes fecundantes del sagrado Nilo obedeció esencialmente al hecho de que las guerras y revoluciones intestinas restaban a los hombres de las faenas agrícolas para empuñar las armas. Así es como una gran parte del pueblo pereció de hambre, porque no había quién cultivase las tierras fecundadas por el Nilo en la forma en que se hacía cuando el río inspiró a los egipcios la máxima adoración.

priápico de los romanos, cuyas falanges guerreras habían invadido todo el Bajo Egipto. A partir de entonces, según Plutarco, Osiris es representado por medio de un enorme falo en erección, que, naturalmente, simboliza la idea generatriz. Precisamente se recrudece la adoración de las deidades eróticas y procreadoras—este segundo aspecto fué antes poco apreciado por los egipcios, porque siendo el pensamiento de Roma anexionarse Egipto, era necesario fomentar la natalidad por todos los medios, contrarrestando así la mortandad habida con motivo de las guerras.

Todos los rastros del culto fálico entre los egipcios pertenecen a la época de la dominación romana. Figuras, grabados, objetos artísticos, joyas, enseres domésticos, etc., reproducen no sólo a Osiris, sino también al Príapo de los romanos, cuyo culto había sido bastante restringido entre los romanos.

Aunque casi desaparece el culto a los demás dioses que quedaban de las antiguas creencias mitológicas, el de Osiris y el de Isis se conservan mezclados con los ritos romanos. Cleopatra, la célebre reina, se cubre con el mágico velo de Isis en la ceremonia de su boda con Marco Antonio. Cleopatra quiere imitar a la diosa, pero apenas si hace otra cosa que iniciar el camino que un poco más tarde siguió Mesalina.

El culto fálico ya no se practicó preferentemente en los templos, sino que tuvo lugar con un carácter jocoso y despreciativo en los barrios de prostitutas de Alejandría. Prosiguen las bacanales con las modalidades introducidas por los soldados romanos, en las que se contienen las mayores licencias. Las jóvenes egipcias ya no son iniciadas por los sacerdotes ni por sus hermanos; es la soldadesca de Roma la que, obedeciendo a un plan político e incluso eugenético, conquista a las doncellas, las ama y las rinde fecundas, inspirándose en las viejas doctrinas de Príapo. El Príapo romano, grosero e innoble, engendra hijos a la Isis delicada de los egipcios, los cuales heredarán, seguramente, la vigorosa acometividad de los padres. Esta es la táctica política de Roma, que no regatea medios con tal de tener contentos a sus vencidos.

Llega el Cristianismo e invade con sus doctrinas luminosas los pueblos de religión pagana y transforma el culto fálico en el de la adoración de un corazón atravesado por una flecha. Es la misma idea primitiva, de la procreación, de la vida y del amor universal; se ha cambiado un órgano por otro, pero la idea permanece inalterable; se ha variado la forma, pero no ha podido sustituirse el

fondo de la única religión fundamental y primitiva, de la que aún quedan vestigios, como veremos más adelante, aun dentro de los ritos cristianos, más solemnes y respetables.

El único pueblo que seguramente no adora al falo, en su representación genuina, es el musulmán, religión relativamente moderna comparada con las anteriores, que dieron lugar al paganismo y a la reacción de las teorías de Cristo.

Pero, en realidad, tampoco es posible negar que los musulmanes de todas las épocas han concedido trascendental importancia a los emblemas de la generación desde el momento mitológico de la concepción de Adán y Eva, o sean Aish y Aischa. Según Mahoma, fundador de la religión del Islam, las cosas sucedieron así: "Dios creó a los hombres invirtiendo "una gota de su esperma". Y después agrega: "El principio masculino se llamó a lo primero Aish y el femenino Aischa. Pero al desdoblarse, Adán, convertido en Aish, bajo la sugestión de las primeras embriagueces y de las alegrías perfumadas y enloquecedoras del paraíso etéreo, vió que Aischa era bella; perturbado por su hermosura la tomó, y guiado por lo que él creía en su inmenso orgullo una acción divina, practicó el primer coito, engendrando así a la gran familia humana."

En virtud de una serie de razonamientos, perfectamente lógicos, explica: "...Si consideramos la potencia de hecho, cuya realización reconstituye la unidad, haciendo fusionarse a la mujer y al hombre, nos veremos obligados a concluir que es ese el acto más importante de cuantos ocurren sobre la tierra, para glorificación de Dios poderoso, que crea, mediante una eyaculación de su voluntad, al hombre, a los animales, a los vegetales y a los minerales, y su gran matriz a todos."

Pero todos estos grandiosos fenómenos que producen en los hombres y en las mujeres los más inefables deleites, y que además se transforman después en frutos semejantes, que continúan la obra iniciada por el Creador, ocurren en virtud de los contactos más íntimos de las dos partes sexuales del hombre y de la mujer, el "dkeur" y la "keuss", sin cuyos órganos sería naturalmente imposible el milagro de la procreación.

Por lo tanto, estas partes del cuerpo no pueden ser indecentes; no pueden ser malditas; no pueden ser despreciables. Al contrario, lo comprenden los musulmanes como antes lo comprendieron los fieles de otras religiones; esos órganos merecen la adoración de todos los hombres conscientes de su poder y de su inteligencia. Resultan,

en virtud de las razones de por quién y para qué fueron creadas las partes más nobles del cuerpo, de las que lo mismo el hombre que la mujer deben sentirse orgullosos, como debe estar apenado aquel que, por un castigo del cielo, haya de verse privado de los dos placeres más intensos que pueden experimentarse en la tierra: el amor entre un hombre y una mujer y el amor de los padres por sus hijos.

No obstante, las expresiones del culto a los órganos de la generación, tan popular en otras religiones, no alcanza en el islamismo esos aspectos primitivos, al menos en la generalidad del dogma.

Sólo en Arabia, acaso en virtud de las antiguas influencias de los egipcios, se observan diversos ritos, muy superficiales no obstante, del culto fálico. En la tumba de un cheik que vivió hace muchos años en la Meca y que era considerado como uno de los santones de más prestigio de la época, existe una gran imagen fálica construída en basalto y que, según los árabes, "está casi comida a fuerza de besos que le dan las mujeres, esperando obtener el don de la fecundidad que la naturaleza les rehusó". También en Argelia, en las proximidades de Argel, existe un cementerio musulmán, cuyos cipos sepulcrales son indudables representaciones fálicas. El hecho de que no se les rinda veneración ha sido estimado por algunos investigadores como prueba de que dichas imágenes no han pertenecido a ningún culto indígena, sino que provienen de alguna religión anterior, fenicia, cartaginesa, egipcia o romana. Dichas representaciones no presentan ninguna inscripción que pueda arrojar alguna luz sobre su verdadero origen, pudiéndose afirmar sólo que la piedra, de basalto negro, es muy abundante en aquellos lugares y desconocida ya en algunas millas alrededor.

En algunas regiones de Marruecos, seguramente las habitadas por las gentes más míseras del Islam, el símbolo masculino de la procreación es estimado como la parte más vergonzosa del cuerpo humano. No obstante, las mujeres estériles muestran especial predilección por los machos cabríos, con los que a veces realizan actos de bestialismo en demanda de que el animal les comunique su poder reproductor. En las regiones inmediatas al Atlas vive una tribu cuyos individuos son conocidos por el apodo de "hijos de los padres de las cabras".

Ese desprecio que merecen entre las gentes citadas los órganos genitales, significa tanto como una prueba de las razones que in-

ducen a otros pueblos a dedicarse al culto fálico; la razón es que la miseria en que viven es poco compatible con la fecundidad desbordante de las mujeres musulmanas, y si el falo puede ser adorado en virtud de los placeres que produce, las consecuencias sociales de esos deleites, o sean los hijos, pueden, seguramente, más que las otras virtudes agradables.

Si no ha existido de una manera generalizada el culto fálico, no cabe duda que los atributos de la procreación, tanto masculinos como femeninos, han sido siempre órganos respetables y dignos de ser alabados y estudiados lo mismo desde el punto de vista de la erótica que del de la procreación. En "El Jardín Perfumado", se dedican varias páginas a la descripción de los órganos de la generación, pero de una manera solemne por su sencillez. Evidentemente, esta atención no prueba de por sí la existencia del culto fálico; pero la gravedad que pone Nefzau en las descripciones que hace, revelan que el asunto merece los mismos respetos que el análisis de los aspectos más importantes y serios de la vida.

"Debes saber, ¡oh Visir! (que Dios te tenga en su misericordia) —dice—, que el miembro del hombre lleva diferentes nombres, entre los cuales se cita:

"El *dkeur* y el kamera. Estos nombres llevan en sí mismos su significación. Dkeur significa viril, virilidad, y también mención o memoria. Si a un hombre le sobreviene un accidente que afecte a su miembro, si ha habido que cortarle éste o le languidece por falta de potencia, se dice de él: "El miembro de Fulano ha muerto", es decir: "Su recuerdo se perderá y su generación ha quedado cortada de raíz". El dkeur juega también un papel importante en los sueños: el hombre que ve en sueños su miembro viril cortado, debe estar cierto de no sobrevivir mucho tiempo.

"El *air* (miembro de la generación).—Esta palabra viene de "el kil" o fuelle. Se llama así al miembro, a causa de que se hincha y se deshincha alternativamente.

"El *hamama* (la paloma).—Se llama así porque, después de haberse inflado, como el buche de una paloma, se parece, después de satisfecho, a una paloma reposando sobre sus huevos.

"El *teunnana* (el llamador).—Se le nombra así porque, durante el coito, cada vez que entra o sale de la vulva, deja oír un ligero sonido, y por su forma colgante.

"El *heurmak* (el indomable).—Recibe este nombre, porque, cuando es puesto en erección, empieza a mover la cabeza, buscando la

entrada de la vulva sin cesar, y, en cuanto la encuentra, entra sin pedir permiso, insolentemente.

"El *ahlil* (el liberador).—Este nombre le viene de que, penetrando en la vulva, deja libre a la mujer que ha sido repudiada por tres veces, de volver a su primer marido.

"El *zeub* (la verga).—Viene de *deub*, que quiere decir trepar. Este nombre se le da al miembro, porque, cuando llega entre las piernas de una mujer, no deja de subir hasta tomar posesión de ella, y aún sigue empujando como si quisiera llegar a lo más alto.

"El *hammache* (el excitador).—Ha recibido este nombre, porque, con sus entradas y salidas irrita la vulva de la mujer.

"El *fadelak* (el engañador).—En efecto, el miembro, cuando desea el coito, parece decir: "Si yo encontrara una vulva, no me separaría ya de ella"; pero, en cuanto la posee, su vanidad desaparece, y no tarda en convertirse en humilde despojo. Al acercarse a una mujer se pone en erección, pareciendo decir a la vulva: "Hoy, alma mía, voy a satisfacer contigo mis deseos". Y ella, viéndole tan largo, tan inflado, parece exclamar atemorizada: "¿Quién podrá recibir tal miembro?" Por toda respuesta, él entra rápidamente, se revuelve dentro con facilidad, y, al cabo de un cierto tiempo, sale debilitado, mientras los testículos gritan: "¡Nuestro hermano ha muerto, nuestro hermano ha muerto!" Entonces, la vulva exclama: "¿Por qué te retiras, oh, engañador? Tú habías dicho que si lograbas entrar no saldrías ya nunca."

"El *khiate* (el sastre).—Este nombre le viene de la circunstancia de que no entra en la vulva sino después de haber maniobrado en su puerta como una aguja en la mano de un sastre.

"*Mochefi el relil* (el que extingue el fuego de la pasión).—Se da este nombre al miembro largo, grueso, que tarda en eyacular: un tal miembro, es el que mejor satisface los deseos amorosos de la mujer.

"El *khorrate* (que voltigea).—Se le da este nombre, porque llega a la abertura de la vulva como quien tiene un asunto urgente que tratar; llama a la puerta; la tantea por todas partes, sin temor ni pudor, llevando sus investigaciones a derecha e izquierda, delante y detrás. Y luego, de un golpe, llega hasta el fondo de la vagina para eyacular.

"El *deukkak* (el pedigüeño o mendigo).—Se le dice así, porque, cuando llega a la puerta de la vulva da un ligero golpe; si le abren, entra en seguida, y si no, vuelve a llamar una y otra vez, hasta

conseguir su propósito, como el parásito que quiere introducirse en la casa del rico para tomar parte en el festín. Por llamar a la puerta se entiende el frotamiento del miembro en la parte exterior de la vulva, hasta que ésta se pone húmeda, facilitando así la entrada.

"El *auouar* (el tuerto).—Porque su cabeza no tiene más que un ojo.

"El *fortass* (el calvo).—Se llama así, porque su cabeza no tiene pelo.

"El *mostaj* (el vergonzoso).—Se le llama así al miembro de ciertos hombres que, cuando se encuentran ante una mujer desconocida, tarda algún tiempo en ponerse en erección, lo que a veces proviene de la misma violencia del deseo.

"El *bekkai* (el lloroso).—Se le llama así a causa de las muchas lágrimas que vierte. En cuanto entra en erección, llora; si ve a una mujer linda, llora también, y llora si entra en contacto superficial con una mujer.

"El *fattache* (el buscador).—Se le llama así, porque, desde que entra en la vulva, no deja de agitarse, buscando en todas direcciones, como si hubiera perdido algún objeto, que no es otra cosa que la matriz. No tiene descanso ni reposo hasta que la encuentra.

"Tales son los principales nombres que se han dado al miembro viril. Hay otros muchos, pero nos detenemos aquí para no fatigar al lector.

"Los nombres que reciben las partes sexuales de la mujer son:

"El *feurdj* (la hendidura).—La etimología no es difícil de adivinar.

"El *keuss* (la vulva).—Este nombre se aplica especialmente para designar el sexo de una mujer joven y bien hecha. Esta vulva debe tener los labios abultados, la hendidura estrecha, con su parte media en relieve sobre el resto; debe ser blanca, sedosa, perfecta en todos sus detalles. Que Alah nos conceda la posesión de una vulva semejante. Amén. Ella debe ser, además, estrecha, cálida, seca, caliente, de forma graciosa y olor suave.

"El *ech cheulkk* (la grieta).—Se llama así a la vulva de la mujer delgada. Es como una grieta abierta en un muro, que no dejaría la menor porción de carne. ¡Que Alah nos preserve!

"*Abou tertour* (la que tiene una cresta).—Es el nombre que se da a una vulva provista de una cresta roja como la de un gallo, que resalta sobre todo en el momento del goce.

"El *gueufond* (el erizo).—Es la vulva de la vieja mujer decrépita, cuando su piel, a causa de su edad, resulta repelente y sus pelos rudos.

"*Tzeguil* (la importuna).—Es la vulva que se muestra insaciable con el miembro que la penetra. Pasaría éste cien noches con ella, y no quedaría satisfecha. En estos casos, los papeles se invierten, y es el miembro el perseguido y la vulva el perseguidor. Afortunadamente, son raras, y no se encuentran más que en mujeres que son muy ardientes, que son todo fuego.

"El *taleb* (la ansiosa).—Esta vagina se encuentra en pocas mujeres; en unas es una cualidad natural, y en otras consecuencia de una continencia prolongada. Lo que la distingue es que tiene una especie de movimiento aprisionante que no deja salir al miembro, en cuanto éste ha penetrado.

"*Abou djebaha* (la que tiene una frente).—Algunas mujeres poseen esta vulva, que es ancha y que se distingue de las otras por un pubis preeminente que forma como una frente muy desarrollada, carnosa y amplia.

"El *áride* (la ancha).—Es la vulva más perfecta, la más bella que podemos encontrar. Se dice también que este nombre se aplica a la vagina de una mujer bien llena de carnes. Cuando ésta cruza sus piernas la una sobre la otra, la vulva queda por debajo en relieve; cuando la pone al descubierto, asemeja a un *saa* de trigo colocado entre sus piernas; cuando marcha, se dibuja bajo sus vestidos con un movimiento ondulante. ¡Que Alah no nos prive, en su bondad y generosidad, de una vagina semejante!

"El *mokaour* (que no tiene fondo).—Es la vagina que se prolonga indefinidamente, lo que hace que la matriz se encuentre a una gran profundidad.

"*Abou aungra* (la que tiene un dosel).—Esta vulva tiene encima un monte de Venus preeminente, duro, que se destaca como la joroba de un camello, y se extiende entre las piernas como la cabeza de una vaca. ¡Que Alah nos depare una vulva semejante! Amén.

"El *meussas* (la víbora).—Es la vagina que, dominada por el ardor amoroso, después de numerosas y voluptuosas caricias, o de larga continencia, parece succionar el miembro que recibe con una fuerza capaz de sacarle todo el esperma, como el niño que mama del pecho de su madre.

"El *harr* (la calurosa).—Es una de las vulvas más dignas de elo-

gio. En efecto, el calor de la vulva está en relación directa con la intensidad del goce que aquélla proporciona.

"No sería difícil encontrar otros nombres aplicables a los órganos sexuales de la mujer; pero el número de los ya mencionados nos parece suficiente."

Los teólogos musulmanes se ocupan con bastante interés de las partes naturales del género humano, y hasta los poetas han idealizado el sexo de la mujer con la misma naturalidad—poética se entiende—e idéntica exaltación que un poeta occidental canta a un rostro, a unas manos o a un cuerpo bonitos.

Realmente, estas formas de la admiración y esas descripciones tan detalladas, muestran las pruebas de un culto evidente de los órganos de la generación, que en muchos casos, es cierto, no pasan de ser órganos puramente eróticos. Pero sea como fuere, el hecho central es siempre el mismo, y las concepciones espirituales y artísticas de los teólogos, los filósofos y los literatos giran en torno de un tema que no se presta a la sátira ni a la eutrapelia, porque en la mentalidad de los buenos musulmanes no puede ser despreciable aquella parte del cuerpo que representa la energía procreadora, por un lado, y la fuente de los más profundos placeres, por otro.

La constante asociación de esos órganos a la idea de la divinidad, ya es de por sí una demostración del culto que no tiene otras expresiones más directas o visibles, como ocurría en las religiones antiguas de otros pueblos. Más que no se observen esas manifestaciones, no es un hecho que niegue el respeto y la admiración que merecen los emblemas del más solemne de los misterios humanos.

EN LAS RELIGIONES FETICHISTAS

¿Se practicó en América el culto del falo? Referencias afirmativas.—Los bolivianos.—El «Cipote del Inca».—Los «Areois».—Sus infanticidios.—El falo en Nueva Caledonia.—En las islas del Sur.—El culto de «Cteis».—El culto del plátano.—Las «Tinas» de Australia.—Su significado sexual.—Los negros de Kokuna.—El falo del dios N'Gbou.—El poder de los amuletos fálicos.—La «santificación» de las doncellas.

Un antropólogo francés, Vinson, ha podido demostrar suficientemente que el culto fálico constituye una de las formas religiosas más notables en los cultos de todos los pueblos, sin que ello induzca a suponer, ni remotamente siquiera, que la determinante esencial sea un elemento obsceno, puesto que sólo se trata de un sencillo homenaje a los instintos y los deseos naturales, como la rememoración de un hecho esencial y necesario.

En América no se encuentran manifestaciones muy visibles del culto fálico, ni ahora ni en la historia de otros tiempos. Seguramente, es la única parte del mundo que no ha sido escenario de esta adoración, aunque no cabe duda que se ha deificado a otros aspectos equivalentes, como el culto del Sol entre los indios aztecas, guanches, quichúos, pieles rojas, etc., que, si no adoraban a las divinidades fálicas como lo hacen los indios asiáticos o lo hicieron los pueblos de la antigüedad tampoco es posible negar que la equivalencia exacta de este culto existe o ha existido en otros tiempos.

Entre algunos indígenas de Suramérica, los órganos genitales del hombre merecen tanto respeto, que en ciertas ocasiones no puede pronunciarse su nombre, y en otras, cuando un indio trata de afirmar una cosa que puede parecer increíble, el hecho de que coloque su mano sobre sus órganos genitales, equivale a tanto como al juramento más solemne.

El hombre jura por los emblemas de su virilidad, de su hombría. El hecho de que no pueda ofrecerse otra prueba de más po-

derosa fuerza persuasiva, evidencia con toda claridad que el culto fálico existe, no en esa forma que hemos visto en todo cuanto queda escrito, sino de otra diferente, pero que tampoco deja de servir de prueba de que, de una manera u otra, el culto existe.

El mismo hecho de la castración como penalidad impuesta a ciertos malhechores, constituye una prueba irrefutable, aunque negativa, de la existencia del culto, ya que, al ser privado el criminal de los atributos de su sexo, se le inflige un castigo insuperable, infinitamente más grave que el de la privación de la vida, porque una existencia en tales condiciones, le impide al penado disfrutar de los goces terrenales en su aspecto más sugestivo. Los indios bolivianos practican esta mutilación como primer castigo, especialmente cuando se trata de la comisión de un delito sexual, y si esta penalidad no es bastante para reprimir los instintos del condenado, es cuando se recurre a otras penas, incluso la de muerte, que, naturalmente, es definitiva.

Luego esa mutilación, más grave que la muerte, puesto que obliga al mutilado a permanecer muerto en vida, prueba que, entre esas gentes, no puede considerarse que haya nada más importante, más esencial y, en una palabra, más sagrado, en el hombre, que sus órganos generadores y eróticos. Por esto, creo que el mismo Vinson, como otros autores, que aseguran que en lo que afecta al culto fálico debe exceptuarse a América, reconociendo que se practica o se ha practicado en todo el mundo, padecen un craso error, porque sus aseveraciones están hechas a base de la expresión neta de la adoración en imagen de la divinidad más venerada de todo el paganismo antiguo.

En la vida física o, por mejor decir, en la existencia diaria, cualquier miembro del cuerpo tiene mucha mayor importancia que el órgano de la virilidad: expliquemos esto. Un hombre a quien le falte una o ambas manos, ha de encontrar dificultades fatalmente insuperables para ejecutar muchos actos necesarios en la vida, empezando por los de defensa, que impone el instinto de conservación. Si le faltan los pies, no digamos ya las piernas, se encuentra en el mismo caso. Pero, desde luego, no le ocurriría lo mismo si le faltasen los órganos genitales "solamente": sin miembro viril, sin testículos, puede vivir y alcanzar una edad muy avanzada. Sin estos órganos podrá defenderse, luchar, andar, trabajar y, en resumen, atender a las necesidades de su sustento. Pero no cabe duda que se le habrá privado de una función psíquica y fisiológica importantísima, sí, pero que no le acarreará la muerte ni la inferioridad en la lucha por su existencia. Y, sin embargo, esos indígenas de que hablamos, no amputan a sus delincuentes las manos o los pies, con el fin de rendirles completamente inútiles, sino que, mirando por el mejor equilibrio social, no crean cargas a la tribu; le dejan al penado en condiciones de luchar por la existencia, pero privándole del ejercicio de las funciones más grandiosas de su organismo psicofísico.

No puede negarse, pues, que en estos hechos se advierte una forma del culto de los órganos de la generación, como parte más importante de toda la arquitectura animal. No importa, por tanto, que el culto carezca de manifestaciones externas, que no se adore a un falo de piedra, de madera o de barro, como hemos visto que lo practicaron otros pueblos. Acaso el mismo carácter sagrado y hondamente respetable de estos atributos, impidiera su adoración plástica, como ocurre en el islamismo con sus divinidades y personas religiosas. Nadie ha visto cómo es Alah ni cómo es Mahoma, ni ningún personaje divino. En cambio, nosotros, mucho menos respetuosos con las imágenes que decimos adorar, nos representamos a Dios con la imagen de un anciano venerable de luenga barba blanca con un triángulo sobre la cabeza, y a Cristo, por medio de la figura de un niño o de un hombre, según la época de su vida, y a todos los personajes del Santoral con rostros, vestidos y atributos distintos. Los musulmanes, fieles al espíritu de su religión, han establecido la prohibición absoluta de reproducir esas imágenes. Este hecho se observó también entre los primitivos egipcios en lo que se refiere a las reproducciones de las deidades fálicas, imágenes que se guardaban cuidadosamente y no se mostraban a los fieles más que en las grandes solemnidades en honor de Isis, Osiris y Bubastis.

¿Por qué, pues, no hemos de creer que entre los indígenas americanos haya ocurrido lo mismo de una manera absolutamente radical? Si falta la representación plástica, no puede decirse, en manera alguna, que no exista la concepción espiritual, el hecho íntimo que se queda en el alma y no sale jamás a la superficie de los ritos o de las creencias.

Pero aún es posible encontrar, aunque seguramente como un hecho aislado, una prueba de que los antiguos peruanos, adoradores del Sol, han practicado el culto fálico o, al menos, han reverenciado plásticamente al miembro viril. Según me refiere un peruano, los indios que habitan en los Andes, cerca de las fuentes del río

Amazonas, llaman "Cipote del Inca" a una enorme piedra en forma de falo que se eleva un poco inclinada. La palabra "cipote" quiere decir grueso u obeso; pero la forma de la piedra induce a darle otra significación diferente. Por otra parte, dice la leyenda que, en tiempos muy remotos, hubo un indio que violaba a todas las doncellas de la montaña, hasta que el padre de una de ellas lo mató, cortándole los genitales, que arrojó a las fieras. Pero éstas no pudieron devorar aquellos despojos, porque se convirtieron en piedra.

Actualmente, es cierto, aquel pedrusco sirve de base para hacer chistes y narrar cuentos obscenos a los guías de la montaña, que así entretienen a los viajeros a quienes conducen por tan extraviados caminos. No puede advertirse, en todo caso, más que una franca irreverencia. Pero esto no demuestra, por sí solo, que en otros tiempos haya existido una opinión diametralmente opuesta. Los exploradores y colonos españoles no hacen tampoco la menor alusión a este aspecto; mas si tenemos en cuenta que aquellas conquistas se hicieron bajo el signo de la Cruz, símbolo del ascetismo, tampoco podemos encontrar en ese silencio una prueba que sirva para afirmar la inexistencia del culto, aunque fuera en unos tiempos relativamente modernos.

Ascendiendo al Norte, los antropólogos que han estudiado las costumbres de los pieles rojas, no hacen referencia al culto fálico. Sólo un explorador—que yo sepa—Edward Grey, dice que entre los sioux de Dakota era costumbre colgar del cuello de los niños unas bolsitas conteniendo los órganos sexuales momificados de los coyotes, especie de perro de las praderas, como amuletos contra determinadas influencias maléficas; pero no dice más.

En Méjico se celebraron, en la antigüedad, unas fiestas de iniciación sexual de los jóvenes, en las que éstos se presentaban al acto con los órganos genitales adornados y pintados con tierra de diversos colores y formando dibujos que representaban al sol, flores, espigas y otros emblemas indudables de la procreación. Por otra parte, los postes donde los antiguos cazadores de cabelleras colocaban sus trofeos para que se secasen, adoptaban la forma de un falo en la extremidad superior. Mas, desgraciadamente, los narradores no son más explícitos en este aspecto que nos interesa.

Así, pues, todo induce a creer que el culto fálico no ha tenido excepciones más que, a lo sumo, en la forma, pero no en el fondo. Se ha practicado universalmente y muchos pueblos salvajes contemporáneos siguen adorando a los poderes, para ellos misteriosos, de

la procreación, rindiéndoles una veneración más o menos pronunciada.

Lajard dice que entre los Drusos del Líbano, se conserva aún el culto de los órganos de la generación. "En sus vísperas secretas, dedican un verdadero culto a la vulva de la mujer, celebrándose las ceremonias los viernes por la noche, o sea el día que fué consagrado al fetiche, en el cual también los musulmanes encuentran prescrito en los libros de Mahoma la doble obligación que tienen de ir a la mezquita y de cumplir el deber conyugal."

Letourneau dice que en las islas Marquesas existió una asociación denominada "Areois", que tenía un carácter religioso. Estas gentes adoran a varios dioses de distintas figuras y representaciones. "Formaba la asociación—dice—una especie de masonería mística y lúbrica a la vez, bajo el patronato del dios *Oro*, hijo de *Taarva*, el Jehová polinesio. No era factible entrar sin vencer ciertas dificultades. Después de un largo noviciado, el neófito, cubierto de pintura roja y amarilla, debía experimentar, en presencia de sus futuros compañeros, un ataque de delirio religioso. En una segunda prueba, y después de largos meses y aún años, juraba solemnemente matar a todos los niños que pudiera tener. A partir de este momento, ingresaba en la séptima y última categoría de la sociedad. En ella le enseñaban los cantos, las danzas y las mímicas sagradas que componían el ritual de los Areois. No se pasaba de clase a clase, como no fuese a costa de pruebas y nuevas ceremonias. Un tatuaje especial distinguía las categorías unas de otras.

"Un fin de esta sociedad religiosa era la satisfacción, sin trabas ni medidas, de los deseos amorosos. Entre los asociados, siendo las mujeres del común dominio de todos los hombres, el ayuntamiento de cada pareja no duraba más que dos o tres días. La existencia se deslizaba en perpetua festividad. Se banqueteaba, se luchaba y se cantaba. Las mujeres bailaban la lúbrica *Timoradia*... El hecho de pertenecer a la asociación se estimaba como un gran honor. Un tahitiano que Cook trajo consigo a Inglaterra, declaraba que se creía igual al rey de la Gran Bretaña, porque él era areoi. Los aerois practicaban el infanticidio como deber iniciático, guiados posiblemente por el deseo de cohibir el aumento de población."

En los poblados donde había santuarios dedicados a las divinidades, podían verse—y aún existen—gigantescas representaciones fálicas o grandes imitaciones de los órganos genitales femeninos. Estas imágenes se adornaban con flores y frutos. Las mujeres tenían

que besar los atributos viriles del dios, y los hombres los de la diosa. En las festividades que se celebraban periódicamente, se confeccionaban falos de harina cocida o de otras materias, así como tortas o pasteles que imitaban a los genitales femeninos. Los hombres se comían las tortas, y las mujeres los falos; era una forma de comunión, por la cual los areois creían asimilarse la energía sexual de los dioses.

Estas gentes no reconocían otras divinidades que las de los símbolos de la copulación, si bien se entonaban alabanzas en honor de los dioses que producen la fecundidad de la tierra y la maduración de los frutos.

Cuando nacía alguna criatura, era inmediatamente sacrificada; pero sus órganos genitales eran conservados por los hechiceros, los cuales preparaban con ellos diversos medicamentos, generalmente afrodisíacos. Un ídolo fálico que adquirió un explorador francés, no era más que un recipiente para contener cierto líquido que preparaban los sacerdotes, y que tenía extraordinarias propiedades afrodisíacas. Efectuando un análisis químico de los restos del contenido, se comprobó que estaba confeccionado a base de cantáridas y estricnina y otras materias cuya naturaleza no pudo ser exactamente fijada. También había en el recipiente resíduos de tejidos epiteliales, pertenecientes, sin duda, a los órganos genitales de los niños que sacrificaban los areois.

En Nueva Caledonia se celebran ceremonias muy parecidas a las anteriores. Todas las viviendas de estos indígenas, construídas de cañas, hojarasca y barro, son muy toscas y primitivas. Pero, en su parte más elevada, colocan una soberbia y gigantesca reproducción del falo, pintada de colores chillones y a veces naturales. En la gran plaza central del poblado de Kairou, hubo hasta no hace muchos años una fuente con su pilón. El conducto del agua, que nacía en un manantial próximo, era un miembro viril perfectamente imitado y en erección, y el pilón destinado a recoger el líquido representaba, con mucha propiedad, una vulva femenina.

Los indígenas pretendían que estas aguas tenían virtudes sagradas, especialmente para hacer fecundas a las mujeres, potentes a los hombres y prolíficos a los animales. Según las leyendas, tanto el falo como la vulva tenían un origen divino; cuando murió la primer pareja humana que creó la divinidad, sus órganos genitales fueron convertidos en dura piedra, para que jamás desapareciesen de la tierra y prodigasen sus incalculables beneficios a los mortales. Anualmente se celebraban fiestas en torno de la fuente sagrada, en cuyo estanque se bañaban los indígenas antes de verificar el coito de ritual en honor de los antiguos dioses procreadores.

Cuando los indígenas emprendían excursiones de guerra, llevaban consigo varias imágenes fálicas que eran transportadas por los sacerdotes y sacerdotisas del culto. Los guerreros danzaban en torno de estos fetiches, mientras otros se entregaban a los placeres del amor con las esposas de los sacerdotes, los cuales cobraban un impuesto por estos servicios que hacían sus mujeres.

En la actualidad, han desaparecido los falos que coronaban los edificios, pero no hay una casa donde no exista uno de estos símbolos como representación de la principal divinidad que en otros tiempos adoraron estas gentes.

En todas las islas del mar del Sur se rindió antiguamente al falo un culto grave y entusiasta. Como restos de aquel fetichismo, aún quedan grandes piedras negras, talladas o en bruto, en forma de menhires que representan los órganos genitales masculinos. Aunque en sus ceremonias sexuales o eróticas ya no presiden las imágenes fálicas, estos símbolos son adornados constantemente por las mujeres que van a casarse y por las que, después de haber contraído matrimonio, quieren tener descendencia.

Una secta ascética que floreció algunos años antes de la dominación europea, compuesta únicamente por hombres, celebraba unos festivales que terminaban siempre con la castración de varios de aquellos fanáticos. Como poseídos por una extraña furia religiosa, se cortaban los genitales, que después iban a ofrendar a la divinidad fálica, depositándolos en pequeñas plataformas construídas a este fin. Las mujeres acudían al lugar de la ceremonia, y, después de entonar unos cánticos en honor de la divinidad, tomaban aquellos despojos y se frotaban con ellos en la vulva para santificarse y tener hijos. La secta estaba formada por ancianos, enfermos e invertidos; sus adoradores eran hombres que, por una causa u otra, resultaban inaptos para la procreación.

En otros puntos se ha adorado al aparato genital femenino, que recibía el nombre de *Cteis*, especialmente entre los canacos. El símbolo alcanzó tal difusión antes de ser conquistadas las islas por los franceses, que a todos los enseres domésticos, instrumentos, edificios, etc., se les daba la forma oval o elíptica. Las puertas y ventanas de las casas tenían esta forma, lo mismo que los cacharros de

cocina, los asientos, las armas y, en fin, todo cuanto fuese susceptible de ser imitado de esta forma.

En los árboles se practicaban oquedades, tallando después la forma de todos los caracteres de la vulva. Algunos de estos árboles fueron considerados como sagrados, sobre todo aquellos que eran utilizados por los indígenas para realizar un simulacro de coito, bien con el fin de combatir la impotencia o la debilidad sexual, para curarse ciertas enfermedades, o con el fin de ponerse a bien con las divinidades. Las hojas de estos árboles tenían, según los indígenas, propiedades afrodisíacas. Seguramente, se trata del *stricnos tieuté* o árbol de la estricnina, o acaso de algunos de la misma familia del *yohimbee* africano, del que se extrae la yohimbina.

Al referirnos al culto fálico entre estos indígenas, no puede olvidarse el importante papel que ha desempeñado el plátano en la mitología e incluso en las religiones modernas.

En Hawai se consideró este fruto como símbolo de la fecundidad, no sólo por la abundancia con que se produce, sino por la forma del plátano, que recuerda la del miembro viril. Hubo plataneros sagrados que inspiraron la adoración de las mujeres por el tamaño considerable de sus frutos. Se creía, además, que los plátanos de los árboles sagrados estaban dotados de alas, por lo que podían animarse de vida y marchar en busca de las mujeres para fecundarlas. Por esta razón, las isleñas de Hawai procuraban dormir muy alejadas de un lugar donde hubiese plataneros, y además defendían sus genitales de las posibles acometidas de los plátanos, cubriéndose con espesas telas.

El motivo de estas precauciones era que no gustaban de concebir sin haber experimentado antes los placeres naturales; pero cuando se trataba de mujeres estériles o que deseaban tener hijos, utilizaban un plátano sagrado para fecundarse. Las leyendas refieren numerosos casos de mujeres fecundadas por plátanos, pero por lo general, los hijos que parían eran débiles y morían muy pronto.

En estos pueblos, el culto fálico era el culto del plátano, cuyas reproducciones, construídas a veces en madera de platanero, alcanzaban proporciones descomunales. Estas imágenes se veían por todas partes y se las adornaba con guirnaldas de flores, telas, cuentas de vidrio, conchas y otros objetos parecidos. Las enfermedades sexuales las curaban a base de compuestos de medula y raíces de platanero, y la debilidad la combatían por medio de bálsamos fabricados con el fruto desecado y la savia en fermentación. Este fruto

era para los primitivos hawaianos tanto como la cabra para los pastores del Himalaya, puesto que constituía la principal y más segura fuente de riqueza de las islas.

Contrariamente, no existía un culto equivalente con relación a los órganos femeninos. Un misionero decía que la mujer no tenía gran importancia, dado que su número era abundantísimo, tanto como escaso el de los hombres. Esta razón no nos parece suficiente para explicar un hecho tan curioso, por lo que cabe suponer que aquellas gentes creían que el verdadero principio de la fecundación universal era el órgano viril y no el femenino, como lo revela bien claro el detalle de que las mujeres pudieran ser fecundadas por un fruto que tenía la misma forma del pene.

El símbolo de la virilidad, es decir, de la potencia, se encontraba en muchas representaciones. Así, por ejemplo, las lanzas adoptaban esta forma, "para que fuesen más fecundas en producir la muerte», lo mismo que las vasijas de cocina tenían idéntica estructura «para que fuesen más fecundas en propiedades nutritivas» las comidas que en ellas se condimentasen.

Los Oulitaos, pueblo de Oceanía, constituían sociedades particulares semejantes a la de los Areois, con el fin exclusivo de rendir culto a las divinidades eróticas representadas siempre por imágenes fálicas. Un autor escribe acerca de estas gentes: «No tenían otra finalidad que la de poner en práctica un grosero epicureísmo. Tenían un lenguaje misterioso y alegórico, principalmente empleado en sus canciones amorosas, del cual sólo dichos indígenas iniciados podían comprender la significación. En las fiestas se les veía desfilar detrás de una simbólica insignia, extremadamente adornada y conocida entre ellos por el nombre de *Tinas*.»

El *Tinas* no era otra cosa sino la imitación del miembro viril. En un museo de Adelayda se conservan varios de estos falos, los cuales están pintados con colores naturales. Son de diversos tamaños: hay uno que mide más de dos metros, y el más pequeño, que seguramente fué empleado como amuleto, centímetro y medio. Estos pequeños emblemas fálicos están construídos de oro y de coral, y muchos de hueso o madera de boj. Las imitaciones están perfectamente hechas y dotadas de todas las particularidades, incluso la vegetación pilosa correspondiente. Otros amuletos representan los dos órganos, el masculino y el femenino, los cuales pueden ir separados o acoplados. Un collar compuesto de treinta y dos parejas

se conserva en el Museo Antropológico de Sidney, y fué adquirido entre la colección de fetiches de un jefe Oulitao.

Se cree que en tiempos muy remotos, los *tinas* de oro y coral debieron ser empleados como moneda. Ciertas conchas marinas que tienen la forma de una vulva, también se utilizaron como patrón en las transacciones comerciales de los Oulitaos, así como otras de forma cilíndrica y de color de carne, parecidas a las que conocemos con el nombre de "navajas".

El santuario donde estos indígenas guardaban a sus imágenes fálicas estaba profusamente adornado con dibujos hechos a base de estas conchas, que por lo general eran donadas por los devotos de las divinidades. Incluso los mismos dibujos reproducen los órganos de la generación, bien aislados o bien en la simulación de la cópula. La mayor parte de los *tinas* que lo formaban eran de oro y coral.

En Africa, especialmente en la parte occidental, el culto del falo se halla extendidísimo incluso en los tiempos actuales. En el Camerón hay una aldea llamada Kokuna, que quiere decir «pene». Todos los caminos que conducen al poblado, de cerca de un millar de habitantes, discurren antes de llegar a las empalizadas que lo rodean y en un área de doscientos metros, entre una especie de falos de madera situados a una distancia aproximada de cinco metros unos de otros. Cada indígena varón adora al falo que le pertenece, bien porque él lo haya construído o por haberlo heredado de sus mayores.

Los hechiceros son los encargados de ordenar el culto. Estos farsantes viven a expensas de los devotos, los cuales tienen la obligación de hacer ofrendas de alimentos en días determinados del año. Los sacerdotes no portan por allí intencionadamente más que a la hora de recoger las ofrendas.

Los festivales se celebran en las épocas de siembra, al final de las faenas, y después de la recolección de las cosechas. Presiden las ceremonias los sacerdotes y sacerdotisas, que son danzarinas o prostitutas religiosas, las cuales bailan y cantan en torno de un falo de piedra negra colocado verticalmente, y que se supone perteneció a *N'Gbou*, un dios antiquísimo que fué el creador de los negros. Durante la ceremonia los sacerdotes expenden imitaciones fálicas construídas de piedra negra, groseramente ejecutadas. Estas reliquias las llevan las mujeres como amuletos colocadas sobre los órganos sexuales, entre los pliegues del taparrabos, hasta que

dan a luz un varón. Entonces el padre de la criatura se coloca el amuleto en el mismo sitio, y así lo lleva hasta que el niño echa el primer diente, en cuya ocasión se le cuelga del cuello, de donde no podrá ser retirado hasta el día en que asista a la ceremonia de su iniciación pubertal.

Al mismo tiempo, se celebran diversos ritos mágicos, tales como la comunión de la sangre. Los hechiceros cortan el prepucio de los jóvenes iniciados y, sirviéndose de una imitación fálica de madera, «santifican» a las doncellas desflorándolas. Con el producto cruento de estas operaciones, los sacerdotes preparan un bálsamo, con el que ungen a los circunstantes, a excepción de los ancianos y de las mujeres estériles. Después se celebra una verdadera orgía, en la que toman parte todos los habitantes, sin distinción de sexos, con tal de que hayan sido iniciados en las ceremonias pubertales, que se celebran siempre en honor de las divinidads fálicas.

En todo el mundo, pues, repetimos, se ha rendido o se rinde aún culto al emblema de la procreación. Lo mismo en las mitologías de las civilizaciones más remotas como en el animismo de los pueblos fetichistas, el símbolo de la energía procreadora representa a los más grandiosos y nobles de los poderes humanos, fuente no sólo de vida, sino de placer también. Sólo la civilización ha destruído aquellas ceremonias de los cultos de Venus y de Príapo, convirtiéndolos en pecados y en crímenes, no en virtud de las teorías de las religiones mismas, justo es reconocerlo, sino a causa de la creciente animalidad de los hombres que convirtieron el más sagrado de los gestos en el más lamentable de los tráficos...

SUPERVIVENCIAS DEL CULTO FALICO

La oposición de la Iglesia a las manifestaciones del paganismo.—Los adoradores de Isernia.—La secta de los «patarini».—Los monjes de Orleáns.—Los regalos fálicos en la Alta Silesia.—La «fascinación» o «falización».—Montenegrinos y húngaros.—Las modernas costumbres de Italia.—Moral priápica y moral cristiana.—Los falos megalíticos.—Los bretones.—Las piedras fecundantes.—Prácticas actuales del culto fálico.

Pero el culto fálico no ha desaparecido completamente del alma de los pueblos civilizados, y sus rastros se advierten a veces con inaudita claridad en los ritos religiosos o supersticiosos de muchas gentes, y a veces no entre las de menor cultura y educación.

Hasta bien entrado el siglo XIII, en Europa se conservaron muchas de las tradiciones del paganismo grecorromano, especialmente en lo que afectaba a la sexualidad e incluso la erótica. Fué en el año 1237 cuando la Iglesia anatematizó el uso de los amuletos fálicos, pero en vano, porque en Italia, sede del Catolicismo, las madres siguen colocando al cuello de sus hijos, lo mismo que hace veinte siglos, esos amuletos a los que se atribuyen virtudes extraordinarias para la conjuración de dichos maleficios.

Ya veremos en los dos volúmenes siguientes la asociación del Gran Cornudo, el Diablo, el Macho Cabrío, en una palabra, el falo, con las ceremonias mágico-religiosas más entusiastas de los fanáticos medievales y de épocas más remotas.

El divino Príapo de la antigüedad, que en principio fué reverenciado de una manera respetable y solemne, se convirtió más tarde, incluso después de la estrepitosa caída de Grecia y de Roma, en una divinidad rural y subalterna.

Las gentes más distinguidas y cultas no tardaron en aceptar las nuevas doctrinas; pero los más humildes, los menos cultos, los que vivían alejados de las ciudades y sin contacto con las corrien-

tes de la cultura, siguieron practicando las costumbres y ritos heredados de la tradición de muchos siglos. La abolición de las fiestas priápicas fué el primer golpe de muerte asestado en lo más atrayente de este culto. Pero a pesar de todo, la superstición fuertemente arraigada en aquellas gentes primitivas, no se resignaba a desprenderse de unos usos de los que indudablemente obtenían beneficios de alguna índole.

En Isernia, ciudad de Italia, situada en la provincia de Campobasso, y que riega el histórico Volturno, se refugiaron los últimos adoradores de Príapo, que elevaron templos y monumentos fálicos en honor de la divinidad. Posteriormente, a despecho de los Papas, el culto amenazó con extenderse de nuevo, hasta que desapareció en sus expresiones colectivas. No obstante, en el ánimo de aquellas gentes, en sus costumbres y en sus ceremonias, el culto sigue y es fácil que, al decir de Dulaure, no se extinga jamás.

El culto fálico romano persistió, pese al cristianismo, hasta la Edad Media. Un autor francés dice que los niños y jóvenes de ambos sexos llevaban suspendido del cuello un *fascinum,* representación del órgano macho. Se habla del fascinum en el siglo VIII, en un tratado eclesiástico titulado "Justicia sacerdotal del crimen", y en un acto de Emilio de Chalons, del siglo IX, se prohibe la práctica del culto, lo mismo que el sínodo de Mans, lo que constituye una prueba evidente de que aún continuaba la adoración de Príapo.

Por otra parte, la efigie de los órganos sexuales que aparece en diversas formas entre los adornos de los monumentos como talismán contra las influencias malignas, como ornamento en los capiteles de las columnas y hasta en algunos vitrales de los edificios religiosos, demuestran sin lugar a dudas la supervivencia del culto en cuestión, y no de una manera privada, sino con todas las garantías debidas para expresarse en manifestaciones públicas. El culto que parecía pagano, logró ocupar la atención de la Iglesia, pues del antiguo Príapo se llegó a hacer un santo, como ocurre en el Mediodía de Francia, donde, según un autor, se le honra con el nombre de San Foutín.

Todavía en el siglo XI hubo en Italia una secta denominada de los *patarini,* gentes que en sus ceremonias adoraban a un gato negro. El rito consistía en besarle las patas, la cola o los órganos genitales, según el grado de humildad de los adoradores. A continuación de la ceremonia, los asistentes al acto se entregaban a los mayores desenfrenos sexuales. Esta secta parecía ser heredera de

los ritos de la Bubastis egipcia, que también era adorada bajo la imagen de una gata negra.

En Francia, en la tierra de los antiguos galos, donde parece ser que se conservaron con mayor pureza los ritos del paganismo romano, especialmente los más obscenos, hubo una sociedad en el siglo XI que tenía su residencia y su templo en Orleáns. Estos hombres vivían como los monjes, pero no adoraban a otras divinidades que a Príapo, al cual representaban con la imagen de un santo vestido, pero que dejaba ver un enorme falo siempre en erección.

Las mujeres que acudían a los ritos, los cuales se celebraban sin más luz que la de una débil candileja que envolvía en sombras a la imagen, tenían que acudir provistas de una lámpara que habían de encender después de haber cantado sus letanías. Entonces paseaban por el templo, alumbradas con las lámparas, y los monjes que las acechaban se arrojaban sobre ellas al mismo tiempo que apagaban la lámpara para entregarse a los placeres del coito hasta que los oficiantes quedaban extenuados.

Los Templarios fueron acusados de realizar estas prácticas priápicas. Los iniciados tenían que besar el ano y miembro viril de los caballeros, con los que después practicaban diversas perversiones, entre ellas la sodomía y la masturbación bucal.

En las narraciones de algunos autores medievales se contienen datos muy curiosos acerca de la supervivencia del culto fálico, que a veces se manifestaba en expresiones públicas, especialmente entre los habitantes de las aldeas alejadas de los grandes centros de población. En una pequeña población de la Alta Silesia, los jóvenes que pretendían a alguna muchacha la regalaban un falo confeccionado por ellos, en el que habían de reproducir con la mayor exactitud las características de forma y tamaño. Estas imitaciones, que algunas veces eran muy perfectas, eran bendecidas por los sacerdotes para desproveerlas de todo carácter pecaminoso. Pero al mismo tiempo que los padres de la Iglesia hacían esto, los magos ejecutaban diversos actos de hechicería, a fin de que los falos fascinasen a las muchachas. En latín se les llamó «fascinum», como ya hemos dicho, de donde se derivó la palabra "fascinación", ya que la finalidad de estas maniobras mágicas estribaba, esencialmente, en «fascinar» a las jóvenes a quienes iban dedicados los falos, es decir, en «falizarlas», o sea dejarse impresionar por la forma y el tamaño del obsequio, lo que prueba que el rito era principalmente erótico.

Esta costumbre se encuentra en toda Europa, desde los Balkanes hasta la extremidad occidental de Iberia.

En los tiempos actuales se celebra una fiesta en Montenegro denominada «Danza de la hora», en la cual, hombres solos, bailan con las manos cogidas en torno a un poste que en su extremidad superior adopta la forma redondeada de un glande peniano. Esta ceremonia no parece tener relación con las manifestaciones del impulso sexual, pero seguramente la tuvo en otros tiempos y primitivamente bajo la influencia de los tracios, ya que en diversos sitios han sido encontradas imágenes fálicas de distinta forma y tamaño construídas en piedra y cobre.

Los búlgaros de las montañas de Dobrudja conservan con cuidado unos viejos menhires que probablemente datan de la época prehistórica. Otros más pequeños y de construcción posterior, imitan al símbolo de la procreación, y ante éstos suelen orar las mujeres cuando quieren tener descendencia o para pedir la fecundidad de las tierras y de los ganados. Estos ritos se practican actualmente, y aunque no se conocen más ceremonias, el culto de estas piedras, indudablemente fálicas, no se considera vergonzoso.

Entre los *madjyares* de Hungría, que en la remota antigüedad estuvieron bajo el dominio de los griegos y romanos, los muchachos que van a casarse se encomiendan a un santo que interviene en todas las cuestiones sexuales de estas gentes. El santo se llama San Fryg o Friag (1). Se le representa con una cara alargada, con barba en punta y pelo crespo, lo que recuerda a la imagen del antiguo Príapo grecorromano.

Pero sobre todos los países, es en Italia principalmente donde se conservan más puras las viejas tradiciones. Como ocurre en algunos pueblos salvajes de Oceanía, una gran parte de los enseres domésticos y de labranza recuerdan inmediatamente la imagen fálica. Los palos de las sillas, los mangos de los cubiertos, los barrotes de las camas, las azadas, las hoces y muchos instrumentos de labor, etc., están rematados en forma de glande, y algunas veces imitados perfectamente.

Los órganos femeninos no son objeto de esta atención. Los italianos del campo, guardan todas las piedrecitas que recuerdan la

(1) Estas palabras pueden ser, a mi juicio, una corrupción del nombre latino de *Priapus*. Al mismo tiempo, en la mitología escandinava la diosa del amor recibía el nombre de *Freya* o *Frigga*, muy parecidos también, cuya fiesta se celebraba en el día de la semana llamado *frigde*, o sea viernes.

forma del falo, con las cuales fabrican amuletos que guardan en los relicarios. No hay un niño campesino que no lleve colgado del cuello uno de estos amuletos. Los joyeros los fabrican en oro y plata, y los herreros en metales pobres. Estas imitaciones pueden adquirirse en cualquier parte, y hay coleccionistas que guardan reproducciones fálicas en todos los tamaños.

En las casas de los labriegos se encuentran recipientes para el agua y el vino que son imitaciones perfectas del falo construídas en barro cocido y decoradas con los colores naturales. Estas imitaciones no se consideran obscenas, aunque estén ejecutadas con la mayor propiedad. En Extremadura y Andalucía se fabrican estos cacharros, pero su significación es bien distinta a la que tienen en Italia.

Al mismo tiempo, no hay mojón o hito de camino que no sea una imitación fálica mejor o peor ejecutada. Especialmente en las inmediaciones de Isernia, los atributos de esta naturaleza son incontables. Se les encuentra como guardacantones en las esquinas y en los dinteles de las puertas de las cocheras. En las columnas y adornos de piedra, también se ven esculpidos numerosos falos, como si los artistas o constructores no conociesen otro detalle ornamental más adecuado.

Y sin embargo, a pesar de esta abundancia excesiva, la visión de tales adornos no motiva nunca comentarios obscenos ni jocosos: es una cosa natural, es como un culto lógico que se rinde, acaso inconscientemente, a los órganos de la generación que simbolizan la fuerza del amor universal.

No obstante, el pudor adopta las mismas formas que entre nosotros, pongamos como ejemplo extremado. Una muchacha bebe delante de hombres en un cacharro fálico, aplicando a él su boca en un remedo exacto de succión del pene, y nadie hará el menor comentario, ni ella se inmutará lo más mínimo. Pero si en cambio ve a un hombre desnudo o simplemente evacuando la más simple necesidad fisiológica, procurará taparse los ojos para no ver aquello que en su mentalidad simboliza al pecado de la carne.

Esta extraña deformación del concepto de la moral es unánime entre esas gentes que aún siguen rindiendo culto al falo en la mezcla de sus ideas cristiano-paganas.

Lo encontramos también en Francia, especialmente en Bretaña y al Sur, en el Mediodía. Al Norte, los menhires bretones hablan con claridad del culto prehistórico del falo. Estas piedras co-

losales, que han perdido sus aristas en virtud de la constante erosión del tiempo, adoptan ahora formas redondeadas que no debieron tener hace unos miles de años. Las piedras más pequeñas que forman un círculo en torno del gran menhir, parece que fueron labradas, aunque muy groseramente, para dar una idea más completa de lo que por medio de ellas se pretendía simbolizar.

Pues las mujeres bretonas, a pesar de los centenares de siglos que han pasado desde los cíclopes de la Edad de Piedra colocaron allí esos monumentos megalíticos, siguen creyendo que una petición hecha a los enormes falos las rinde fecundas, por lo que en algunos casos frotan contra las piedras sus órganos genitales.

No sabemos de cuánto tiempo data esta costumbre. Pero es probable que se hayan transmitido las creencias a través de millones de años, llegando a nuestros días naturalmente modificadas, no sabemos si por la cultura o por la superstición. Pero es el caso que las mujeres bretonas no rehusan el culto de aquellas imágenes, a las que atribuyen virtudes milagrosas.

En cambio, los hombres, aunque no se oponen a que sus mujeres veneren a las viejas piedras, no manifiestan el menor rasgo que induzca a pensar en la supervivencia del remoto culto. No obstante, ciertas piedrecitas que adoptan la forma cilíndrica, son guardadas por los campesinos para evitar el «mal de ojo» que pudiera producirles la impotencia. Este país, lleno de leyendas de todos los matices, piadosas y profanas, está habitado por las gentes más supersticiosas de toda la cristiandad. La superstición y la religión marchan unidas inseparablemente y en una mezcla que sólo puede observarse en los pueblos bárbaros. Al mismo tiempo, las tradiciones amorosas, que a veces se traducen en las licencias eróticas más extrañas, se hacen compatibles con todos los ideales católicos, a excepción de con el de la castidad, sin que esto quiera decir que las mujeres bretonas no sean positivamente honestas y morales, ya que la moral de esta raza no se relaciona con la sexualidad más que en aquellas formas que pueden estimarse «naturalmente» contrarias a las leyes normales de la biología.

Como otro rastro del culto fálico o de las virtudes de las imitaciones fálicas, mejor dicho, tenemos las fabulosas historias que se cuentan de las «piedras fecundantes», cuyo culto se observa en todos los países, absolutamente en todos, sean cuales fueren sus religiones.

En Francia, en Saint-Ours, localidad situada en los Bajos Pi-

rineos, hay una famosa piedra faliforme contra la que las jóvenes frotan sus genitales en demanda de un novio, y las mujeres casadas para tener un hijo.

En las cercanías de Rennes hay otra piedra parecida, que se llama «Piedra de las casadas», cuyas virtudes consisten en prodigar la fecundidad y la mejor disposición para los placeres amorosos.

Todas las piedras milagrosas de esta naturaleza adoptan más o menos la forma fálica. Un periodista francés, que realizó una curiosa información acerca de este aspecto, citó más de dos mil doscientas piedras, entre menhires y pequeños cipos, a las que las mujeres reverencian por motivos exclusivamente sexuales.

En algunos pueblos españoles subsisten aún ciertas supersticiones como vestigios indudables del antiguo culto fálico, no sólo en las formas a que ya hemos hecho alusión, sino en otros aspectos semejantes a como se observa en Italia y Francia.

En las Baleares, donde existen numerosos monumentos megalíticos, tampoco ha desaparecido el recuerdo del culto fálico de otros tiempos. Un arqueólogo alemán, que permaneció en las islas mucho tiempo levantando planos que seguramente no se relacionaban con su ciencia para nada, encontró dos piedras que reproducían con bastante fidelidad el pene humano. Afirmaba que en estas islas, muy deficientemente exploradas en este aspecto de su profesión, es donde se encontraban los datos más precisos de la existencia de un antiguo culto de las divinidades generatrices. Diodoro de Sicilia describió hace ya muchos años los ritos fálicos que celebraron los habitantes de las Baleares.

En Inglaterra, cerca de Durham, los campesinos siguen practicando unas ceremonias que no se diferencian en nada de los antiguos ritos fálicos. En las vísperas de San Juan, las parejas de novios van a un lugar de las inmediaciones de la ciudad, donde subsisten los restos de unos monumentos prehistóricos, entre los que destacan por su tamaño y su forma unos menhires ciclópeos. Dos de estas piedras ofrecen la forma exacta de un falo, pero no porque tal fuese su estructura primitiva, sino por haber sido reformadas hace dos siglos.

Delante de estas piedras se encienden hogueras y se cantan baladas primitivas, para terminar después amándose en las cercanías del recinto que presiden los viejos ídolos fálicos.

Cerca de Birmingham hay un menhir llamado "Jack de Hilton",

que adopta la forma exacta de un falo y con dos enormes piedras redondas en su base, que son la representación de los testículos. También las mujeres estériles o enamoradas, lo mismo que los hombres infortunados en amores o impotentes, acuden a pedir del viejo "Jack" que ponga remedio a sus desventuras; esto viene ocurriendo desde tiempo inmemorial.

Pero esos vestigios ya no son nada comparados con lo que en la antigüedad más remota fueron los cultos de las divinidades del Amor. Pablo de Regla, en sus comentarios de "El Ktab", dice:

"Las naturales ceremonias de los antiguos se han refugiado en las sombras de los lupanares modernos; lo que era natural, constituyendo un hecho indiscutiblemente humano, se transforma en un vicio vergonzoso, y da origen a todas las prácticas culpables que constituyen la prostitución propiamente dicha. Desapareciendo de la plena luz del día, el culto del Falo, ha perdido su simbólico esplendor, para convertirse en la lámpara grasienta y nauseabunda que ilumina las humanas torpezas. La hemosa Venus de los antiguos se ha cambiado por la virgencita que aún suele verse en la cabecera de las camas itifálicas de las prostitutas de la Italia meridional y de España. Ya no es a Venus o a Príapo a quienes las sacerdotisas del Amor piden prosperidad, placeres y fortuna. Ahora dirigen su súplica a la moderna reina de los cielos, a la reina cristiana, a la Virgen María."

Y es cierto.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

LOS ADORADORES DE PRIAPO EN GRECIA Y ROMA

Los orígenes de Priapo.—Su equivalencia en otras religiones.—Principios de su culto en Grecia y Roma.—Los machos cabríos.—Las ofrendas.—Las curaciones maravillosas.—Los «ex votos» de los agradecidos.—Explicación de los milagros.—Las ofrendas de las mujeres. Desarrollo del culto fálico en Europa.—La desvirginización.—El culto de los dioses extranjeros.—Misión de los sacerdotes.—La iniciación pubertal de los jóvenes 9

LAS FIESTAS EROTICAS EN LA ANTIGÜEDAD

Festivales eróticos de los asirios.—Las dyonisíacas.—La castración como rito.—El culto de Cibeles.—Cottitos.—Las damas y las prostitutas.—Las ceremonias del culto de Adonis.—Las «thesmophorias».—Las prostitutas «decentes». Su comportamiento modelo.—Las insignias fálicas adoradas entre ellas.—Ridiculización del culto.—Las «priapeyas».—La iniciación de las vírgenes.—Comunión de sangre.—La orgía..... 21

EL «LINGHAM» Y EL «YONI»

Las religiones indias.—Shiwa, Vishnú y Krichna.—Las imágenes fálicas.—El templo de los 365 «linghamsw».—Los amores védicos.—Ceremonias del culto del «lingham».—El sagrado y sucio Ganges.—La secta de los «sakty».—Las bayaderas.—Ausencia del elemento obsceno. La autodesfloración.—Las vacas y toros sagrados.—Las reliquias fálicas.—Los pastores del Himalaya.—Sus ritos sanguinarios.—Razones. Lubricidad y fecundidad 87

Páginas

EL CULTO FALICO ENTRE LOS EGIPCIOS Y LOS MUSULMANES

Los símbolos.—La hipocresía.—El respeto a los órganos sexuales.—Las divinidades animales. Los gatos de Bubastis.—Los falos sagrados. La parodia del acto.—La realidad.—La orgia de los animales.—La ingerencia de Roma.—La política natalista y el culto de Priapo.—Entre los musulmanes.—Rareza del culto fálico.—La importancia del «dkeur» y la «keuss».—Los nombres de los órganos de la generación 53

EN LAS RELIGIONES FETICHISTAS

¿Se practicó en América el culto del falo? Referencias afirmativas.—Los bolivianos.—El «Cipote del Inca».—Los «Areois».—Sus infanticidios.—El falo en Nueva Caledonia.—En las islas del Sur.—El culto de «Cteis».—El culto del plátano.—Las «Tinas» de Australia.—Su significado sexual.—Los negros de Kokuna.—El falo del dios N'Gbou.—El poder de los amuletos fálicos.—La «santificación» de las doncellas. 69

SUPERVIVENCIAS DEL CULTO FALICO

La oposición de la Iglesia a las manifestaciones del paganismo.—Los adoradores de Isernia.—La secta de los «patarini».—Los monjes de Orleáns.—Los regalos fálicos en la Alta Silesia.—La «fascinación» o «falización».—Montenegrinos y húngaros.—Las modernas costumbres de Italia.—Moral priápica y moral cristiana.—Los falos megalíticos.—Los bretones.—Las piedras fecundantes.—Prácticas actuales del culto fálico 81

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Fauno y Hermafrodita..... 33

LAMINA II
Autodesfloración priápica..... 34

LAMINA III
Las «Priápeyas»..... 48

LAMINA IV
Pinturas eróticas..... 49

En el próximo volumen

LA MAGIA, EL AMOR Y EL SEXO

La interpretación mágica de Venus.—Filtros y hechizos amorosos.—El lenguaje de los objetos.—Los sueños y la música.—El amor y los adivinos. — La quiromancia amorosa

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe, y los del extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100 más para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, a reembolso o en sellos de Correos, cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

En los envíos a reembolso, donde se halle establecido este servicio, los gastos son por cuenta del cliente, a razón de 0,30 pesetas por paquete.

Unicamente respondemos de los envíos certificados, con gastos por cuenta del cliente, a razón de 0,30 ó 0,05 pesetas por paquete, y según se trate de certificado con o sin derecho a indemnización.

El que una o varias obras se hallen agotadas no será motivo para rechazar el resto de un pedido.

ADVERTENCIAS.—Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes.

Todos los precios señalados han de regir para el extranjero al equivalente en la moneda de cada país.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

HISPANOAMÉRICA		OTROS PAÍSES	
26 núms. Ptas. .	30	26 núms. Ptas. .	50
13 » » . .	15	13 » » . .	30

PAGO ANTICIPADO

EJEMPLAR: 1,25 Pesetas